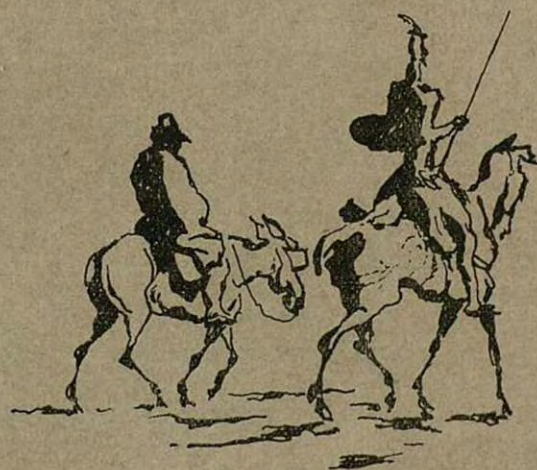


164/5 1229
REVISTA PEDAGOGICA DE LA SECCION FEMENINA
DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.

CONSIGNA

NUMERO EXTRAORDINARIO DEDICADO EN CONMEMORACION DEL IV
CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



M A D R I D



S U M A R I O

	Págs.
Consigna	5
Don Miguel de Cervantes Saavedra	7
Soneto ingenuo de Don Quijote. <i>Por Gerardo Diego</i>	8
A Miguel de Cervantes. <i>Por José García Nieto</i>	8
Al camarada Alonso Quijano, el Bueno. <i>Por Adriano del Valle</i>	9
Letanía de nuestro señor Don Quijote. <i>Por A. Navarro Ledesma</i>	10
«Don Quijote» en el Arte. <i>Por el marqués de Lozoya</i>	11
Las «Novelas ejemplares». <i>Por Angel González Palencia</i>	14
«El retablo de Maese Pedro». <i>Por Federico Sopeña</i>	20
De cuatro capítulos del «Quijote»	22
El alma desnuda de Cervantes. <i>Por Guillermo Díaz-Plaja</i>	28
El amor y la mujer en Cervantes. <i>Por P. Félix García</i>	30
Cervantes, héroe joven. <i>Por Antonio Tovar</i>	33
Vida de Cervantes	35
La educación de la mujer en el «Quijote». <i>Por Anselmo Romero Marín</i>	38
Cervantes también era gallego. <i>Por Ernesto Giménez Caballero</i>	42
Un aspecto de la bibliofilia en el «Quijote». <i>Por Juan Sedó Peris-Mencheta</i>	44
De Cervantes a Don Pedro Fernández de Castro	49
Comedia del «Cerco de Numancia»	51

FORME SU BIBLIOTECA HACIENDO PEQUEÑOS DESEMBOLSOS

LIBROS EDITADOS POR LA DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

DOCTRINALES

- Obras Completas de José Antonio* (1.000 páginas de texto, gran formato). Ptas. 25 ejemplar.
Obras Completas de José Antonio (1.000 páginas de texto). Ptas. 10 ejemplar.
Ofrenda a José Antonio, por Dionisio Ridruejo (edición de gran lujo, en papel especialmente fabricado). Pesetas 2 ejemplar.
Letra Y (Historia y presente), por Manuel Ballesteros Guiberois (68 páginas). Ptas. 2.25 ejemplar.
José Antonio. Antología. Traducción en inglés (300 páginas). Ptas. 17 ejemplar.
Teoría de la Falange, por Julián Pemartín (56 páginas de texto). Ptas. 4 ejemplar.

FORMACION RELIGIOSA

- Curso de Religión*, por Fray Justo Pérez de Urbel (320 páginas). Ptas. 16 ejemplar.
Guía Litúrgica 1948 (36 páginas de texto). Ptas. 1 ejemplar.
Liturgia de Navidad (36 páginas). Ptas. 1,50 ejemplar.
Misa Dialogada (38 páginas). Ptas. 1 ejemplar.
Misal festivo, por el Padre Germán Prado (benedictino) (500 páginas); encuadernado en tela con estampación en oro. Ptas. 20 ejemplar.
Nace Jesús (Liturgia de Navidad, villancicos, etc.). Edición en papel couché, impresa a dos colores; 32 páginas. Ptas. 3 ejemplar.

HOGAR

- Ciencia Gastronómica*, por José Sarrau, Director de la Academia Gastronómica (244 páginas, con más de 200 grabados). Ptas. 22,50 ejemplar.
Cocina (176 páginas, con un centenar de grabados). Pesetas 15,50 ejemplar.
Convivencia Social, por Carmen Werner. (64 páginas). Pesetas 2,50 ejemplar.
Puericultura Pos Natal (48 páginas). Ptas. 5 ejemplar.
Economía Doméstica (178 páginas). Ptas. 12 ejemplar.
Formación Familiar y Social (262 páginas). Ptas. 17,50 ejemplar.
Higiene y Medicina Casera (84 páginas y cubierta a todo color). Ptas. 7 ejemplar.
Hoja de Labores (patrones y modelos en colores sobre las más primorosas labores). Varios modelos de Hoja. Cada uno, 3 pesetas.
Patrones Graduables Martí. (Seis modelos distintos, con patrones de lencería, vestidos, ropa de caballero, etc.). Pesetas 6 ejemplar.

CULTURA

- Libro de Latín* (Gramática inicial), por Antonio Tovar (94 páginas). Ptas. 6 ejemplar.
Lecciones de Historia de España (80 páginas de texto). Pesetas 3 ejemplar.
Enciclopedia Escolar (grado elemental), por los mejores autores españoles. Cerca de 900 páginas y más de 500 dibujos. Ptas. 18 ejemplar.

El Quijote. Breviario de Amor, por Víctor Espinós, de la Real Academia de San Fernando (246 páginas). Ptas. 25.

MUSICA

- Historia de la Música*, por el Maestro Benedito (194 páginas, con diversos grabados y encuadernación en cartón). Ptas. 8 ejemplar.
Cancionero Español (Armonización), por B. García de la Parra. Tres cuadernos distintos (núms. 1, 2, 3), en gran formato. Ptas. 15 cuaderno.
Mil canciones españolas. Edición monumental, con texto y música; 600 grandes páginas, impresas a dos colores; encuadernación en tela, con estampación en oro. Ptas. 100 ejemplar.

HIGIENE Y PUERICULTURA

Cartilla de la Madre, Cartilla de Higiene. Consejos de gran utilidad para la crianza del hijo. Ptas. 1,50 ejemplar.

INDUSTRIAS RURALES

- Construcción de Colmenas* (24 páginas con grabados). Pesetas 5 ejemplar.
Avicultura, por Ramón Ramos Fontecha (252 páginas, con variadísimas ilustraciones). Ptas. 12 ejemplar.
Apicultura Movilista, por María Estremera de Cabezas (112 páginas, ilustraciones). Ptas. 9 ejemplar.
Industrias Sericícolas (24 páginas). Ptas. 4,50 ejemplar.
Corte y Confecciones Peleteras, por Emilio Ayala Martín (90 páginas de texto, profusamente ilustradas). Pesetas 7 ejemplar.
Curtido y Tinte de Piel, por Emilio Ayala Martín (120 páginas y sus grabados correspondientes). Pesetas 8 ejemplar.
Flores y Jardines. Cómo cuidar y enriquecer las plantas, por Gabriel Bornás (86 páginas e infinidad de grabados). Ptas. 6 ejemplar.

REVISTAS

- Bazar*, publicación mensual dirigida a las niñas. Formato 22 x 31. Impresa litográficamente en diversos colores. Colaboración artística y literaria por los mejores ilustradores y escritores españoles, de Pico, Serny, Tauler, Suárez del Arbol, etc. (24 páginas de texto). Ptas. 3,75 ejemplar.
CONSIGNA. Revista pedagógica mensual, con la colaboración de las firmas más destacadas en la Cátedra y la Literatura. Tamaño 20 x 27. Más de 120 páginas de texto y encartes a varios colores. Ptas. 2,50 ejemplar.

TARJETAS POSTALES

- Danzas populares españolas*. Album de 12 tarjetas, 15 pesetas. Tarjetas sueltas, 1,25 pesetas.
Castillo de la Mota (Escuela Mayor de Mandos «José Antonio»): Medina del Campo. Album de 12 tarjetas, 12 pesetas.
Albergues de Juventudes. Cada tarjeta, 1 peseta.

Cualquier libro que pueda interesarle, solicítelo contra reembolso a

DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

(PRENSA Y PROPAGANDA)

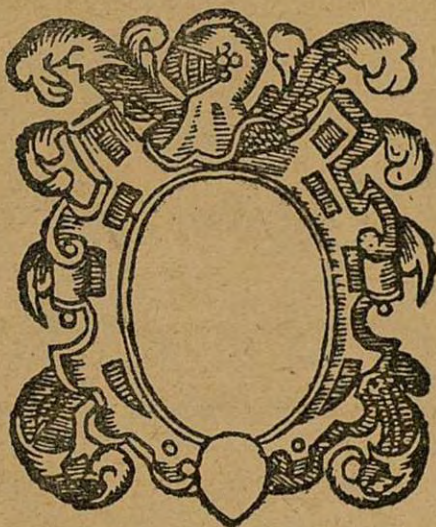
ALMAGRO, 36 - MADRID

Lo recibirá a vuelta de correo y libre de gastos de envío.





CONSIGNA



... nada auténtico se pierde. Cuando un «egregio espíritu» se entrega por entero hasta agotarse en frustración generosa, nunca se dilapida el sacrificio. Los que vienen detrás tienen ya ganado incluso el aprendizaje de los errores. La crítica precursora ha desbrozado mucho. Otros brazos, con golpes más simples y más fuertes seguirán la tarea. Al final —acaso en un final no previsto, en los instantes de la crítica precursora—, los que lleguen tendrán un recuerdo de gratitud para los que si no vieron del todo la verdad o no tuvieron fuerzas para entronizarla, al menos deshicieron a cuchilladas muchos espantapájaros armados con mentiras.

JOSÉ ANTONIO



DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

ESTE que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*.

(Del prólogo de las *Novelas ejemplares*.)



DE DON QUIJOTE

Soy Don Quijote, el ingenioso hidalgo.
Arde, estalla de fiebres mi cerebro,
y en la sutil aguja el hilo enhebro
de un solo pensamiento. Libros, galgo,
lugar sin nombre, adiós. Que ya cabalgo
—ancha es la Mancha— y rezo mi requiebro.
Y una barca me espera allá en el Ebro,
y a la Mancha del mar inmenso salgo.

Nada podrán endriagos ni gigantes,
encantadores, mágicos perversos.
Mi brazo es bronce y mi pasión, idea.

Mírame tú, Señora, un solo instante,
guárdame en tus mellizos lagos tersos,
e invencible seré, mi Dulcinea.

GERARDO DIEGO



MIGUEL DE CERVANTES

Un triunfo de la luz, un fuerte viento
fueron. Naciste y la pasión nacía.
A sus torres de sol retornó el día,
y las cosas al cauce de su acento.

Tuvo tu corazón todo el aliento
de esta tierra de amor ardiente y mía;
del surco que tu mano nos abría,
le ha florecido al alma su sustento.

Abanderado de las sinrazones,
la palabra ondeando en las almenas
y honda la sangre abriéndote la entraña;

guerrero tú que tanta paz nos pones,
sueño que a tanto Sancho te encadenas,
cautivo liberándonos a España.

JOSÉ GARCÍA NIETO

POESIA



Al camarada

ALONSO QUIJANO, EL BUENO

Olla de algo más vaca que carnero,
salpicón las más noches, y quebrantos,
con algún palomino los disantos
para hidalgos de lanza en astillero.

Junto a adarga y rocín, galgo ligero,
y una empresa de milites y santos,
cuya capitania mueva a espantos
al cura, al ama, a Sancho y al barbero.

Sigue tu batallar por los caminos
liberando del remo a galeotes;
sigue con ese afán que bataneas
con piedras y con aspas de molinos,
fundando así una estirpe de Quijotes
y un sueño universal de Dulcineas.

ADRIANO DEL VALLE



UNA POESÍA DE
RUBEN DARÍO

LETANIA DE NUESTRO SEÑOR Don Quijote

POR A. NAVARRO LEDESMA

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerzas alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos

con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, ¡salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas, y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
del laurel! Pro nobis ora, gran señor.
(Tiemblan las florestas de laurel del mundo
y antes que tú, tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias
de las Academias,
¡libranos, Señor!

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hamna que sacia
su canallocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡libranos, Señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de sueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!



«DON QUIJOTE» EN EL ARTE

POR EL MARQUÉS DE LOZOYA



ADA más difícil que plasmar gráficamente los grandes tipos humanos que ha creado el genio de los hombres: Don Quijote, Don Juan o Hamlet, por ejemplo. Porque la propia complejidad espiritual de estos personajes que, siendo ficticios, tienen mayor realidad que muchas figuras históricas que en su tiempo anduvieron por el mundo, hace que cada lector se los imagine a su manera y se sienta siempre defraudado al contemplar la interpretación del artista, que nunca coincide con su propia *recreación* personal del ente literario. Por esto, acaso las mejores ediciones de los clásicos son las que no llevan estampas y reducen su ornato al único apropiado para un libro, que es el primor tipográfico.

No obstante estas grandes creaciones literarias, han sido tentación constante de pintores, que han pagado generalmente con el fracaso la osadía de querer adentrarse en un terreno que les estaba vedado. De todas ellas, acaso sea el hidalgo manchego, a la vez tan extraordinario y tan profundamente humano, el que más ha atormentado la atención

de los artistas, pero, hasta ahora, el magnífico señor de los altos sueños no ha encontrado su pintor de cámara. El que pudo serlo, vivió en Castilla en su mismo tiempo, pero no sabemos que tuviese noticia de su persona. Era el griego, vecino de Toledo, el único pintor capaz de haber fijado en el lienzo la figura de Don Quijote de manera definitiva. Aun sin haberlo nunca intentado, fué el pintor cretense el que en sus retratos y en sus coloquios de santos se aproximó más de cerca a la figura ascética y heroica del sublime Caballero de la Triste Figura.

Nada hay, en cambio, más distante del gran Caballero que las ilustraciones que se han intentado para el libro inmortal hasta la época romántica. Desde la viñeta inglesa del XVII, que es quizás el primer intento de representar a Caballero y escudero, pasando por todas las ediciones del siglo XVIII y de comienzos del XIX; desde las ilustradas con toscos grabados en madera de carácter casi popular, hasta las dirigidas por la Real Academia, que ponía a contribución a los más finos buriles de su tiempo, los artistas no

supieron ver sino lo que todo el mundo buscaba y veía en la novela: el aspecto burlesco que surge entre el contraste, entre la imaginación enferma de un pobre loco y la mísera y áspera realidad española de su tiempo. El Don Quijote de Selma o de López Enguídanos o de cualquier grabado de la escuela de Carmona, no es sino un pobre diablo grotesco que, en compañía de un Sancho rollizo y chocarrero, sufren las estúpidas asechanzas de una pandilla afaviada con la indumentaria de las cartas de barajas, en estancias decoradas al estilo neoclásico francés. No solamente no hay en el *Quijote* de la Academia y en sus similares nada de quijotesco, sino tampoco nada de español. Este mismo Don Quijote grotesco y extranjerizado es el que campea en la tapicería tejida en las Reales Fábricas de Santa Isabel y de Santa Bárbara durante los reinados de Felipe V y de Fernando VI por los hermanos Vandergoten, según los cartones de Procacini.

El romanticismo representa un enorme adelanto en la comprensión de Don Quijote. La generación romántica es la primera que no se burla del Caballero de la Triste Figura, sino que lo ama y quiere comprenderlo, sin duda porque coincide con él en sus ideales y en sus fracasos. Además, la comprensión de lo español, de los tipos, de los paisajes, de los ambientes de España, ha adelantado enormemente en un tiempo en que la literatura y el arte españoles del gran siglo adquieren en toda Europa una suprema valoración. Fué don Francisco de Goya, el primer pintor romántico, el que intentó una figuración romántica de Don Quijote en aquel dibujo en que el caballero, con la cabellera erizada y vestido extrañamente de una especie de zaragüelles, sentado en su sillón comienza a exaltarse en las primeras comezones de su locura. El Quijote de Goya no es un héroe: es un loco que percibe las llamadas de un mundo irreal, de alucinaciones y ensueños.

Yo os aconsejo que si queréis ver alguna vez el *Quijote* en una edición ilustrada, escojáis alguna del tiempo romántico. Las hay encantadoras, editadas dentro y fuera de España. La más prestigiosa es aquella cuyas láminas fueron dibujadas por el lápiz de Gustavo Doré, habilísimo para producir efectos de claroscuro y de penumbra y para dar forma a las más extrañas fantasmagorías. Doré había recorrido España impulsado por la fantasía romántica del barón Davillieu, y nos da ahora en su *Quijote* una versión agigantada y deformada del paisa-

je español, pero que concuerda bien con las figuras exageradas hasta la caricatura del caballero andante y de su escudero, en cuyo torno brilla una multitud de arrieros y de gentileshombres, de clérigos y de mozas, cuyos tipos habían impresionado al artista en sus correrías por Castilla y por Aragón. Muy francés, sin llegar nunca a una comprensión exacta de lo español, el *Quijote* de Gustavo Doré es la representación gráfica más perfecta de lo que hay de universal en la gran obra cervantina. De otros ilustradores, algunos tan insignes como el español afrancesado Urrabieta Vierge, hemos de prescindir en este brevísimo resumen.

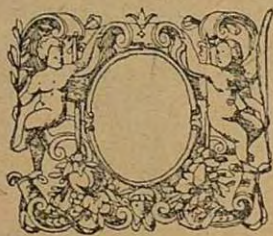
Algunas pinturas de asunto del *Quijote* de pincel español o hispanoamericano hemos visto del siglo XVIII, pero todo ello no contiene otra cosa sino mediocres versiones del aspecto burlesco de la gran novela. En la segunda mitad del siglo XIX, coincidiendo con la decadencia de la pintura de Historia, muchos artistas eruditos buscan sus asuntos en las obras maestras de la literatura universal. Fausto y Hamlet, Don Juan y Vasco de Gama están citados con frecuencia en los catálogos de las exposiciones. El temerario del *Quijote*, tan pintoresco, es uno de los repertorios más frecuentados, generalmente con escasa fortuna. Conviene, sin embargo, la cita de dos nombres gloriosos: el malagueño don José Moreno Carbonero y el valenciano don Antonio Muñoz Degraín. Moreno Carbonero, artista precoz, mimado de la Fortuna, se enamoró en París del tipo de pequeño cuadro de asunto del siglo XVII que había puesto de moda Meissonier. Al españolizar el género, Moreno Carbonero tomó por asunto predilecto el *Quijote* y una novela, de autor francés, pero de ambiente español: *Gil Blas de Santillana*. La técnica del pintor malagueño es de genuina tradición española, un poco a la manera de Rico y de Fortuny. Pocas veces se ha dado el caso de un pintor tan compenetrado con una obra literaria. Moreno Carbonero se adentró en lo posible en el alma de la novela cervantina. Nos da de ella una interpretación realista, es decir, que su Quijote y su Sancho son como hubieran sido de haber andado realmente por la España de Felipe III. Moreno Carbonero se manifiesta en esta serie como un excepcional conocedor del paisaje español con su singular orografía, con la peculiar distribución en él de las diversas especies arbóreas, con sus contrastes entre secanos avidísimos y sotos regalados y frondosos, verdaderos oasis en el desierto hispánico. En la indumentaria, en los tipos, no

solamente humanos, sino también de animales: caballos, jumentos, perros, la versión de Moreno Carbonero es siempre de notable exactitud. Como comentario permanente documental del *Quijote*, la obra del pintor malagueño tiene un extraordinario valor.

No cabe temperamento artístico más distinto que el de su casi paisano Antonio Muñoz Degrain, valenciano, que vivió en Málaga una gran parte de su vida. Dotado de facultades excepcionales de gran pintor recibió, además, el difícil don de una exaltada fantasía. De aquí su afición a los temas quiméricos, a contar siempre un cuento fantástico, en cuya narración ponía su profunda sabiduría del oficio y su aptitud para captar el ambiente, la luz y el color. Es gustosa experiencia el comprobar, en los lienzos más absurdos de Muñoz Degrain, las notas admirables tomadas de la naturaleza y de la vida: la vibración del agua del Mediterráneo herido por la luz de mediodía, el agua tumultuosa y turbia de una inundación, la nieve de las montañas heridas por el sol naciente, las brumas que cubren una ciénaga. Descui-

do dibujante, sus figuras son, frecuentemente, flojas e incorrectas.

Con estas dotes emprendió el pintor valenciano una serie de cuadros del tema cervantino que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. A pesar de sus aciertos parciales de pintura de ambiente y de paisaje y de interpretación de la calidad de las cosas, el *Quijote* gráfico de la Biblioteca Nacional es un fracaso y añade poco a la gloria del autor de *Los amantes de Teruel*. No sabemos si algún otro pintor intentará con mejor fortuna el narrar con su pincel las extraordinarias aventuras del paladín manchego. Entre tanto, yo prefiero imaginar al mejor —tal vez el único— caballero de que han tenido noticia los siglos con la mirada profunda y melancólica, la faz austera y aristocrática encuadrada por la plata de los cabellos y de la aguda barba, el gesto desengañado en los finos labios con que el Greco pintó a aquel hidalgo en aquel pequeño retrato que es la obra que yo más amo en el tesoro del Museo del Prado.





LAS "NOVELAS"

Cuando ya era popularísima la primera parte del *Quijote* y Cervantes había sido aplaudidísimo por su genial creación del divino loco, publicó con el título de *Novelas ejemplares* (Madrid, 1613) una colección de varios relatos novelísticos, en los cuales seguía la tradición de Timoneda y un tanto de los *novellieri* italianos.

En el prólogo, después de aludir el autor a su herida en la batalla de Lepanto, «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros», advierte el carácter moralizador de su obra con estas palabras: «Héles dado el nombre de *ejemplares*, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso... Si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida...» Estas salvedades morales son exactas, en general, aunque acaso no puedan admitirse con todo rigor, en cuanto al *Casamiento engañoso*, ni tampoco en algún aspecto de *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño*, etc. Y en otro sentido agrega con razón Cervantes: «Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana...»

Estas novelas pueden distribuirse en cuatro clases:

Primera, las de pura invención, a la manera de los modelos italianos (que son las más endebles), v. gr., *El amante liberal*,

La fuerza de la sangre y *La señora Cornelia*; segunda, novelas que tienen algo de sabor realista y mucho de corte italiano, a cuya categoría corresponden *La Gitanilla*, *La española inglesa* y *Las dos doncellas*; tercera, las de carácter realista, en las que no escasean las notas picarescas, novelas que son excelentes, ya que aquí Cervantes pisaba terreno propio y dominaba con maestría suprema este aspecto del arte novelístico, v. gr., *Rinconete y Cortadillo*, *La ilustre fregona*, *El casamiento engañoso*, *El celoso extremeño*; cuarta, dos obras extrañas, que propiamente no son novelas, pero que tienen grandísimo valor: *El Licenciado Vidriera* y *El coloquio de los perros*.

Desigual es el interés literario de cada una de estas novelas. *El amante liberal* agrada por la pintura de la vida del cautiverio, y tiene interés para la biografía del autor, sobre todo en relación con las comedias de cautivos y con cierto episodio del *Quijote*.

En *Las dos doncellas* repite el tema de la muchacha disfrazada de hombre, que anda por el mundo en busca de aventuras, tipo que se ha prodigado en las comedias de Tirso de Molina y que históricamente lo comprueba la vida de la Monja Alférez, doña Catalina de Erauso. *La española inglesa* destaca por la descripción de viajes marítimos y por haber acentuado el autor las tendencias idealistas, sobre todo al hacer que el amor de Ricaredo por Isabela se mantenga después de perder ésta su belleza física.





EJEMPLARES"

POR ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.

Pero la joya de este segundo grupo es *La Gitanilla*, cuyo asunto está en la memoria de todos los lectores. Noveló Cervantes el origen del llamado Conde de los Gitanos, y es una página de la vida española de entonces. El ambiente y los caracteres de *La Gitanilla* son absolutamente idealistas, y por ello se aproximan algo al tipo de *La Galatea* y aun de otras novelas pastoriles. El personaje de Preciosa tiene sus antecedentes en la Tarsiana del *Libro de Apolonio*, en el *Patrañuelo*, de Timoneda, y aparece, según algunos, en la *Esmeralda de Notre Dame de París*, de Víctor Hugo.

Una de las más alabadas novelas de Cervantes, y con toda razón, es la titulada *Rinconete y Cortadillo*, que ocupa los folios 66 al 86 de la edición príncipe, y de la cual se conserva el borrador copiado por el Lcdo. Francisco Porras de la Cámara, y publicado por Isidoro Boscarte en el número IV de *Gabinete de Lectura española*, a fines del siglo XVIII.

Según ha demostrado el maestro de los cervantistas españoles, don Francisco Rodríguez Marín, la novelita de *Rinconete y Cortadillo* fué escrita en Sevilla por los años de 1601 a 1602. En el borrador refería Cervantes los sucesos narrados al año 1589, y Rodríguez Marín, con su pasmosa erudición, confirma esta fecha y el sevillanismo de *Rinconete*, verdadero cuadro histórico del hampa sevillana.

Cervantes había vivido en Sevilla, había frecuentado sin duda las capas inferiores de la sociedad que bullía en la rica

ciudad, que recibía y repartía las riquezas de las Indias y el comercio de Europa. Conoció bien a los tipos que luego había de hacer hablar en sus novelas; entendía el lenguaje especial de germanía; sabía las costumbres, los «estatutos» y «premáticas» de aquella gente bizarra. No es de extrañar, por tanto, que su relato novelesco concuerde con lo que se sabe de la vida sevillana de aquel tiempo, como se comprueba leyendo el sabrosísimo discurso preliminar de Rodríguez Marín a su ya citada edición.

De que había en Sevilla cofradía de ladrones ya teníamos noticia por Luis de Zapata, que escribió en su curiosa *Miscelánea*: «En Sevilla dicen que hay cofradía de ladrones, con su prior y cónsules como mercaderes; hay depositario entre ellos, en cuya casa se recogen los hurtos, y arca de tres llaves, donde se echa lo que se hurta, y lo que se vende, y sacan de allí para el gasto y para cohechar los que pueden para su remedio, cuando se ven en aprieto. Son muy recatados en recibir, que sean hombres esforzados y ligeros, cristianos viejos; no acogen sino a criados de hombres poderosos y favorecidos en la ciudad, ministros de justicia, y lo primero que juran es esto: que aunque los hagan cuartos, pasarán su trabajo, mas no descubrirán los compañeros; y así, cuando entre gente honrada falta algo que dicen que el diablo lo llevó, levántanselo al diablo que no lo llevó, sino alguno destos: y de haber la cofradía es cierto, y durará mucho más que la Señoría de Venecia, por-





que aunque la justicia entresaca algunos desdichados, nunca ha llegado al cabo de la hebra.»

Leyendo el estudio de Rodríguez Marín, después de recrearse con la novela, nos confirmamos en las estupendas dotes de observación psicológica que poseía el autor de *Don Quijote*. Los personajes principales, lo mismo que los tipos secundarios, tienen cada cual el relieve adecuado, y todos contribuyen a la perfección de este admirable aguafuerte, prodigio de observación.

De todos estos «tipos de la interesantísima germanesca sevillana —dice Rodríguez Marín—, si difíciles de estudiar, todavía más difíciles de representar al vivo, haciéndoles vestir sus trajes, y pensar a su modo, y hablar en su jerga y lucir sus ademanes, sus gestos, sus metáforas y encarecimientos propios, y celebrar sus peregrinos conciliábulos para tratar de la pro común de la taifa, común daño a la vez, de aquella sociedad mal regida, hizo el portentoso escritor en su breve novela de *Rinconete y Cortadillo* una serie de gentiles cuadritos de género, llenos de jugosa gracia, ricos de vida y lozanos de calor, sin perjuicio de la justeza, como representaciones fieles de una vasta aglomeración de gente perdida, sin otra ley que su desaforado antojo, sin otro poder que su audacia y su astucia, y sin otro caudal ni otras preseas que lo ajeno; pero no estudiada a través del prisma psicológico, que vuelve tristeza toda luz, ni por la lente de la ética, que suele hacer ver negras como el carbón aún cosas que muchos hombres honrados disputan por meramente grises, sino contemplada a luz y ánimo abiertos, a vista franca, con ojos de artista y con espíritu benévolo, regocijado y humanísimo».

Plástico relieve, como si fueran retratos de Velázquez o de Goya, tienen las figuras de Monipodio, de Rinconete, de Cortadillo, de las damas de medio manto, de la buena bebedora vieja Pipota, de los bravos valentones jaques, hasta de las figuras que apenas se entrevén en los hilos de la novela, como el sacristán que pierde la bolsa, o los arrieros engañados por unos mocosuelos. Magnífica es la descripción de la casa de Monipodio, copia sin duda de alguna vista y revista por Cervantes en el alegre barrio de Triana.

Digno de nota es el conocimiento que Cervantes muestra de la lengua de germanía. En el tiempo de redacción de la novela aún no habían salido a la luz pública los famosos *Romances de germanía de varios autores, con su vocabulario al cabo, por la orden del a, b, c, para declaración de sus términos y lengua. Compuesto por Juan Hidalgo*. Barcelona, 1609. El *Vocabulario*, obra de Cristóbal de Chaves, sevillano, según ha demostrado Rodríguez Marín, había de servir de punto de inspiración a escritores posteriores, que podrían escribir romances de bravos y jaques sin necesidad de tanta observación personal. Cervantes debió de aprender el habla germanesca y conocer gente del hampa en sus estancias en la Cárcel Real de Sevilla, y en sus andanzas por las ventas y posadas de Andalucía, cuando se ocupaba en servicios a la Hacienda Real.

El «ingenio más sano y equilibrado del Renacimiento», como decía Menéndez y Pelayo, había de elevar estos tipos del hampa hasta la categoría de símbolos de su clase, como Velázquez había de inmortalizar a los bufones, los borrachos, las obreras hilanderas, levantándolos al nivel





de los hidalgos, los caballeros y hasta los reyes en el mundo especial del Arte.

Menéndez y Pelayo, al caracterizar el espíritu y cualidades del *Rinconete*, distingue, con su habitual maestría, varios estilos e interpretaciones en lo literario del hampa española de la época. «Corre por las páginas del *Rinconete* una intensa alegría —dice—, un regocijo luminoso, una especie de indulgencia estética, que depura todo lo que hay de feo y de criminal en el modelo, y, sin mengua de la moral, lo convierte en espectáculo divertido y chistoso. Y así como es diverso el modo de contemplar la vida del hampa, que Cervantes mira con ojos de altísimo poeta y los demás autores con ojos penetrantes de satírico o moralista, así es divergentísimo el estilo, tan bizarro y desenfadado, en *Rinconete*, tan secretamente preciso, tan acerbamente sobrio en *El Lazarillo*, tan crudo y desgarrado, tan hondamente amargo en el tético y pesimista Mateo Alemán, uno de los escritores más originales y vigorosos de nuestra lengua, pero tan diverso de Cervantes en el fondo y forma, que no parece contemporáneo suyo, ni prójimo siquiera.»

Si el *Rinconete* es una página de la vida sevillana del siglo xvi, *La ilustre fregona* nos traslada al Toledo imperial, con su Mesón del Sevillano, y su criada, tan hermosa y discreta, que por su amor se trunca el propósito de vida picaresca que animaba a ciertos estudiantes castellanos.

El celoso extremeño es un cuadro novelesco que constituye un estudio profundo de psicología pasional: los tres personajes fundamentales del relato: Carrizales, indiano rico y viejo, establecido en Sevilla; su mujer, la bella e inexperta Leonora, de pocos años, y Loaysa, joven y galán, agudo y atrevido, que, prendado

de ésta, consigue burlar a Carrizales, son caracteres magistralmente estudiados. Además, lo morboso del caso, en cuanto al viejo marido y al libertino mancebo, constituye un análisis admirable. Dos redacciones ha tenido esta novela, como el *Rinconete*: primera, la del manuscrito de Porras de la Cámara, probablemente de 1606, que es la más antigua que se conoce, según la cual el adulterio se realiza; segunda, la retocada por Cervantes (sobre el texto de la primera), que fué la que se publicó por el autor, y en ella el adulterio no se consuma, pues Leonora, sin mentir, dice a su esposo Carrizales: «Sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento», ya que oportunamente un extraño letargo adormece a los amantes.

Rodríguez Marín, en su erudito estudio *El Loaysa de «El celoso extremeño»*, ha indicado que el seductor de esta novela cervantina es una alusión directa o un reflejo de Alonso Alvarez de Soria, fácil poeta de versos de cabo roto, joven de desordenadas costumbres y dado al estruendo del escándalo en Sevilla, el cual pagó en la horca un intencionado y burlesco epigrama que dirigió al Asistente, que con pretexto de aquellos desenfrenos y desmanes, le condenó a la última pena. En Marruecos corre un cuentecillo popular que fundamentalmente repite el asunto de *El celoso extremeño*, aunque allí quien prepara directamente la seducción es una vieja.

Extraña obra es *El Licenciado Vidriera*. El estudiante Tomás Rodaja se hizo soldado, estuvo en Italia y volvió a Salamanca a terminar sus estudios jurídicos. Una dama se enamoró de él, y como Rodaja no accediese a sus pretensiones, ella, para atraerle a su voluntad, «aconsejada





de una morisca, en un membrillo toledano dió a Tomás unos destos que llaman hechizos»; sobrevino grave enfermedad al cuitado, huyó la mujer y él quedó loco de la más extraña locura; imaginóse que era todo de vidrio y suplicaba que no se le acercasen, porque le quebrarían. Algunos le preguntaban muchas y difíciles cosas, a las cuales respondía con grandísima agudeza de ingenio. Volvió dos años después a su primer juicio y discurso, gracias a un religioso de la Orden de San Jerónimo, que conseguía que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen. Curado ya, se marchó a Flandes.

Dos partes, claramente distintas, deben de señalarse: la vida, andanzas y viajes de Tomás Rodaja, asentándose que «las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos», y las respuestas agudas e ingeniosas que éste da a los temas que le proponen; ésta es mucho más importante que aquélla y la que da carácter a la obra, hasta el punto de que la vida de Rodaja es sólo un pretexto para que Cervantes exponga, hábilmente engarzados, una colección de *apotelesmas* o dichos agudos, género que gozó de gran predicamento en el siglo xvi en España, Italia y otras partes.

Navarrete y otros han pensado que el modelo que sugirió a Cervantes la idea del *Licenciado* fué el humanista alemán Gaspar Barth, que tradujo al latín *La Celestina* y *La Diana enamorada*, el cual llegó a perder la razón y creyó que era de vidrio; parece que no puede admitirse tal hipótesis, por oponerse la cronología, según Foulché-Delbosc. Más bien debe buscarse la fuente de la novela en la Literatura italiana, donde hay leyendas relacionadas con Boccaccio, «hombre de vidrio», o se cuentan casos de locura pa-

recidos. Cervantes, en esta novela y en el *Quijote*, ambas modelo de humorismo, llevó a cabo una idea peregrina: la de hacer que dos locos den lecciones a los cuerdos.

Don Narciso Alonso Cortés ha puntualizado, con tino y exactitud, las fuentes de esta obrita, en las colecciones de apotelesmas o dichos ingeniosos. Varios ejemplos hay de monomaniacos que se creyeron de vidrio; el más notable (posterior a Cervantes) es el que cuenta Juan Zahn en su *Mundi Mirabilis oeconomia* (1696, tomo III, pág. 163), después de hablar del caso de Tomás Rodaja (*Thomas Rhodasius*): «*Alius vitreus se pedes habere imadinabatur, neque progredi audebat, metuens se rumperentur*».

Recientemente, don Saturnino Rivera Manescau, archivero de Valladolid, cree hallar el precedente de Vidriera en un loco que cita Alfonso de Santa Cruz en un libro de Medicina, *Opusculum de Melancholia*, incluido por su hijo Alonso en la edición de su propio comentario *In Avicennae primam primi* (Madrid, Tomás Juste, 1622) (el privilegio para la impresión está fechado en 1613). Es muy digna de tenerse en cuenta esta opinión del señor Rivera, ya que Cervantes pudo haber conocido al Santa Cruz hijo en sus días de Valladolid, y haberle oído el relato del loco en cuestión.

La más intencionada de las novelas ejemplares es *El coloquio de los perros*. Cipión y Berganza, perros del hospital de la Resurrección, en las afueras de Valladolid, por sobrenatural y extraño modo, fueron dotados de la facultad de hablar durante una sola noche. Berganza cuenta su vida a Cipión: nace en el matadero de Sevilla, sirve a un oficial de él y expone los artificios y trapacerías de su





amo; después sigue a unos pastores: hace una burlesca descripción de la vida de ellos, tal y como se pinta en las novelas bucólicas; descubre los engaños de los pastores, que de vez en cuando mataban alguna oveja, atribuyéndolo a los lobos, y siendo castigados después los perros. Pasa a poder de un rico negociante de Sevilla, a cuyos hijos acompaña al estudio de los jesuitas, del que se hace breve elogio; expone después las artimañas y vicios de una esclava negra, cuando servía a su nuevo amo, el alguacil cobarde y sobornado de Sevilla; ve cómo éste acometió valerosamente a seis bravos rufianes y les hizo huir; pero poco después, Berganza observó a su amo en amigable compañía con ellos, en casa de Monipodio; Berganza pasa a poder de un soldado, refiere las artes de brujería de la hechicera Cañizares y de la Camacha; vive algún tiempo con gitanos, describiendo sus costumbres, malicias y hurtos; entra a servir a un morisco, mostrándose aquí Cervantes contrario a esta raza; habla de un poeta y de unos comediantes, con los que llega a Valladolid; en el hospital de la Resurrección se acomoda, y en él conoce a cuatro locos: un poeta, autor de un largo poema en esdrújulos de substantivos, sin verbo alguno, sobre lo que el arzobispo Turpín dejó de escribir del rey Artús de Inglaterra, etc.; un alquimista, que declara está próximo a encontrar la piedra filosofal; un matemático, que busca el punto fijo y la cuadratura del círculo, y un arbitrista, cuyo proyecto consiste en que todos se obliguen bajo juramento a ayunar una vez al mes, ingresando en la Real Hacienda lo equivalente a su comida. La aurora priva a los perros de la palabra, y queda aplazado para otra noche el relato de la vida de Cipión.

Luis de Belmonte Bermúdez imitó esta

novela en su *Historia del perro Cipión*, que se ha perdido. El poeta escocés Robert Burns tiene un poema. *The two Dugs*, que recuerda al *Coloquio*.

Se observan en esta obra singular, extraña y notabilísima, elementos complejos, pues participa, en algo, de la fábula esópica, y en muchos, del diálogo lucianesco y de la novela de Apuleyo, y también de la sátira social, todo ello íntimamente compenetrado. Cada perro tiene su carácter propio: en Berganza, domina la fantasía; en Cipión, la prudencia y la gravedad.

En estas *Novelas* «no faltó gracia y estilo a Miguel de Cervantes», en frase de su rival el Fénix de los ingenios; su enemigo Avellaneda, en el prólogo del *Quijote* apócrifo, las juzga «más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas»; y Tirso de Molina llama a su autor, muy justamente, «nuestro español Boccaccio». Una gran autoridad literaria de los tiempos modernos, Goethe, en carta a Schiller (1795), ensalza las *Novelas ejemplares* «como un verdadero tesoro de deleite y de enseñanza, regocijándose de encontrar practicados en el autor español los mismos principios de arte que a él le guiaban en sus propias creaciones, con ser éstas tan laboriosas y aquéllas tan espontáneas» (M. P.).

En las *Novelas ejemplares* hay no pocos testimonios de carácter histórico, muy oportunos para el conocimiento de las costumbres del tiempo, lo cual no es de extrañar dadas las tendencias realistas de su autor; este interesante aspecto ha sido puesto en claro en algunos estudios y ediciones recientes, particularmente en los de Rodríguez Marín, Amezúa, Alonso Cortés. En la novela y en el teatro se reprodujeron los asuntos de estas *Novelas*.



“EL RETABLO DE MAESE PEDRO”

por FEDERICO SOPENA



Nada ha habido más significativo en los conciertos de nuestra guerra que aquel homenaje a Falla en 1941, homenaje con «El Retablo» en vanguardia. Así lo anotábamos en una crónica que quería ser casi una página de «diario»: «Pueden olvidarse alegremente los sinsabores, las fatigas, todo ese cortejo, en fin, de esfuerzo necesario para encender en nuestros conciertos el ansia de cosas nuevas, si llega ese momento de Melisendra en su torre, sobre los acordes de un arpa transfigurada. Ayer fué un día feliz para todos. Un retablillo nos llevó a ese encandilamiento que sólo alguna música produce. Después de eso todo parece bello, y uno cree nacer a la capacidad de vuelo...»

En «El Retablo de Maese Pedro», Manuel de Falla se acerca a ese terreno castellano y quijotesco, punto de mira para toda la serie de generaciones que comienzan con el siglo. Coincidencia en el tema y singularidad externa en su intención estética. La razón esencial de la singularidad es necesario basarla, ante todo, en el hondo secreto de su persona. Falla destaca sobre todos ellos por su resuelta postura ante Dios. Para la generación del noventa y ocho, la sorpresa de Castilla y el amor por Don Quijote, el suspiro por una España militante, resuelta, se presenta como violenta lucha del hombre consigo mismo, no exenta de preocupación social y política. Falla llega a Cervantes con la dosis angélica de una fe que sólo suspira por su acrecentamiento, no por su seguridad. Está tan dentro de la creencia y —¿por qué no?— de la castidad enamorada de Don Quijote, que precisamente lo que más puede ilusionarle como tema es ese «Retablo de Maese Pedro», puro episodio de gracia y de ligereza en el libro cervantino. Por ello han podido creer algunos, Adolfo Salazar singularmente, que para la obra de Falla Cervantes era un simple pretexto. Ante esto, hemos de proclamar siempre nuestro asombro. No ya la inquebrantable fidelidad a la letra, sino, sobre todo, la bella sumisión al espíritu de esa letra, que se concreta en la invocación a Dulcinea, hizo de música vocal que puede recibir la profecía de su perduración como el mejor símbolo del amor quijotesco. No hay duda: estamos demasiado acostumbrados a pensar en Don Quijote a través de la lacerante y bellamente exasperada tensión de Unamuno, y en el fondo de un paisaje genialmente violento como el de Zuloaga, para que no sea sor-

presa escucharlo con una música que es puro aleteo de gracia, suavidad y angélica melancolía. Acaso puede explicarse también el hecho diferencial por una razón de nacimiento: Unamuno, Maeztu, Baroja, Zuloaga, han bajado a Castilla desde una tierra físicamente fuerte, y Falla se ha acercado al amor de Dulcinea en esa inclinación a lo aéreo, con ese pisar la tierra con «melancolía de arcángel desterrador», frase resumen de lo andaluz, tan bien hallada por Emilio García Gómez.

En esa melancolía estriba, precisamente, la singularidad de su música. En los aires de «El Retablo de Maese Pedro» se entonaba el canto funeral de la música como proyección sentimental. La gracia parecía haber huido del mundo, y nadie podría pensar en la inspiración, en ese entregarse extático a un algo venido de «no sé dónde», para emplear la expresión del poeta. Un músico genial, Stravinsky, parecía representar la única actitud posible: objetividad, orden, formalismo riguroso, afán plástico, huida de lo tierno, grandiosa visión de la música como arquitectura. Y entonces, contemporánea en el tiempo y en el estreno a «Pulcinella», se estrena «El Retablo de Maese Pedro». Después de la sacudida genial de «El amor brujo», después de la maravilla poética de las «Noches», esta obra, capital para que a los españoles músi-

cos se nos llene la boca hablando de «escuela española». Esa vuelta a las gamas antiguas, que ha sido en tantos casos recurso arcaizante y fórmula violenta, sirve aquí para delicias de ambiente y de abandono poético. La inmensa sabiduría técnica, ese regusto por lo puramente instrumental que sirvió para un falso paraíso de mera técnica, es aquí singular medio de ensueño y de delicadeza; la voluntaria reducción a la pequeña orquesta, es en «El Retablo» ganancia de mil timbres nuevos. Y, sobre todo, ese alzar lo popular a una forma clarísimamente universal: nunca ha sonado en música la lengua española como ahí, porque hasta entonces no había encontrado el secreto de su capacidad lírica. La continua salmodia de «Trujamán», esmaltada con las blandas cadencias del romance, es la más bella y difícil fórmula de recitado que pudo pensarse para nuestro idioma. Para explicar todo esto no hay más que una sola razón: la sin par belleza del alma de Falla, que ha restaurado para la música su capacidad de ensueño. Esa es la razón profunda de su modestia y de su valor humano: volver a creer que el artista tiene una misión de vela y que la inspiración es algo que viene de fuera, como un don de Dios y que exige el servicio de una técnica arrodillada ante la intuición.





De cuatro capítulos del "Quijote"

CAPITULO XXXI

Que trata de muchas y grandes cosas

.....

EL eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquél debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo había reprendido muchas veces diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo:

—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, o don Tonto, o como se llame, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.

Y volviendo la plática a Don Quijote, le dijo:

—Y vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volveos a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la catterva de las simplicidades que dé vos se cuentan?

Atento estuvo Don Quijote a las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto a los duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo...

Pero esta respuesta capítulo por sí merece.



CAPITULO XXXII

De la respuesta que dió Don Quijote a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos

LEVANTADO, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo:

—El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he dicho como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden: a lo menos, el haber reprendido en público y tan ásperamente ha pasado a todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cual de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo? ¿No hay más, sino a troche y moche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado al-

gunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distritos, meterse de rondón a dar leyes a las caballerías y a juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, o no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros por el de la adulación servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos, por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentés. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado hobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.



CAPITULO XLII

De los consejos que dió Don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas

INFINITAS gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí, sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ¡oh, Sancho!, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced que recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después

las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está, ¡oh, hijo mío!, atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ¡oh, hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es verdad —respondió Sancho—; pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme a mí que no hace al caso; que todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es verdad —replicó Don Quijote—; por lo cual, los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte; y precíate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho; si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que tiene príncipes y señores; porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertadas.

Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, adóctrínala y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorases de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de aña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las

promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponla en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu corazón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los tributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás a tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.



CAPITULO XLIII

De los consejos segundos que dió Don Quijote a Sancho Panza

QUIEN oyera el pasado razonamiento de Don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacreditaban sus obras, sus juicios, y su juicio y sus obras; pero en ésta destos segundos documentos que dió a Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, Don Quijote, y dijo:

—En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo; que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y

flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discreción el pulso a lo que pudiera valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados y los pobres; quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos y cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería.

Anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo; que toda afectación es mala.

Come poco, y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de «erutar» delante de nadie.

—Eso de «erutar» no entiendo —dijo Sancho.

Y Don Quijote le dijo:

—«Erutar», Sancho, quiere decir «regoldar», y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al «regolgar» dice «erutar», y a los «regüeldos», «erutaciones»; y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facili-

dad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor —dijo Sancho—, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no «regoldar», porque lo suelo hacer muy a menudo.

—«Erutar», Sancho, que no «regoldar» —dijo Don Quijote.

—«Erutar» diré de aquí en adelante —respondió Sancho—, y a fe que no se me olvide.

—También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso Dios lo puede remediar —respondió Sancho—; porque sé más refranes que un libro, y viénense tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen, por salir, unos con otros; pero la lengua va arrojando a los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo; que en casa llena, presto se guisa la cena; y quien destaja no baraja; y a buen salvo está el que repica; y el dar y el tener, seso ha menester.

—¡Eso sí, Sancho! —dijo Don Quijote—. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes; que nadie te va a la mano! ¡Castígame mi madre y yo trómpogelas! Estóite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche y a moche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres a caballo, no vayas echando el cuerpo hacia el arzón postrero ni lles las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio; que el andar a caballo a unos hace caballeros; a otros, caballerizos.

Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol, no goza del día, y advierte. ¡oh, Sancho!, que la diligencia es madre de la buena ventura; y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirve de adorno del cuerpo, quiero que le lles muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho

que los que hasta aquí te he dado; y es que jamás te pongas a disputar de linajes, o a lo menos, comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que comparan uno ha de ser mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; greguescos, ni por pienso; que no les están bien ni a los caballeros ni a los gobernadores.

Por ahora, esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo y, según las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

—... Y dejemos esto aquí, Sancho; que si mal gobernases, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

—Señor —replicó Sancho—, si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas, con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar; que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

—Por Dios, Sancho —dijo Don Quijote—, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención; quiero decir que siempre tengas intento firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.



EL ALMA DESNUDA DE CERVANTES

por GUILLERMO DIAZ-PLAJA

Sí. Hemos envidiado muchas veces a otras literaturas cuando, al estudiarlas, hemos hallado que sus documentos fluyen intimidad. No ya que, más cuidadosos o más afortunados, se hayan esmerado en conservar rastros físicos de la presencia de los seres excepcionales creando esos pequeños, deliciosos museos de recuerdos en los que tanto hallamos de la auténtica espiritualidad del ingenio que se rememora; no sólo por eso. Sino porque, además, la propia obra literaria está tan llena de matices introspectivos que resulta así una verdadera autoetopeya, quiero decir un auténtico retrato del alma del autor.

Nosotros, ¿somos más esquivos a ofrecer nuestro propio reflejo? ¿Hay en la sequedad castellana un fondo púdico que vela la última y más honda raíz? ¿Por qué es nuestra literatura —y nuestra vida cotidiana— tan pobre de riqueza epistolar? ¿Por qué es tan atrozmente manca de ese sector que se llama memorias, autobiografía, diario íntimo?

Más todavía: en los propios poetas líricos hay una evidente avaricia de intimidad. Exceptuando una veta lírica íntimo-afectiva —Garcilaso, San Juan de la Cruz,

Bécquer, Salinas—, ¡cuántos poetas líricos nos ocultan su más auténtico ser tras un biombo de retóricas en voluta! Al propio Garcilaso hay que ir sorprendiéndole el rasgo íntimo trabajosamente, como en sus momentos de descuido en el musical andar de su canción itálica.

Con Cervantes acontece lo mismo. Ahí le tenemos en su inmensidad y en su llaneza, perfecto y sencillo a la vez. El comentario es posible; el buceo en su alma, útil y provechoso. Pero, también, como en tantos otros, el esfuerzo es demorado. Hay que tomar un dato de aquí y un dato de acullá; medir, además, el grado de sinceridad que acusa en cada momento; desechar las reservas mentales, la ironía, la preocupación por el ambiente espiritual.

¡Cuánto no daríamos por unas memorias íntimas de Miguel de Cervantes Saavedra! ¡Cuánto no daríamos por descubrir un día como un pequeño libro de juglar que Cervantes hubiera llevado en su faltriquera y en el que, libre de ficciones novelescas, directamente, en el silencio de sus fatigados reposos de caminante, cuando en las ventas de la ruta polvorienta se

agrava el silencio de la noche, Miguel nos hubiera ido contando, con sencillez, sus reacciones ante la vida, su manera de entender el mundo, los movimientos de su alma.

Quedan, ya lo sabemos, los rasgos disseminados en su obra. Agudos catadores han ido, ya lo sabemos, espigando acá y allá los textos significativos, los que reflejan la posible —la presunta— intimidad del artista.

Queda, sobre todo, la poesía. También a través de los modelos itálicos, como Garcilaso; pero también igualmente rica de intimidad como la del poeta de Toledo.

No es tiempo ni ocasión de hacer un análisis de la poesía cervantina. Sí, sólo, en mi propósito, de señalar su riqueza material como material autobiográfico. Piénsese, por ejemplo, en la noble angustia de Cervantes cautivo, a través de la *Epístola a Mater Vázquez*, tan rica de calidades humanas; recuérdese el *Viaje del Parnaso*, y elimínese toda la arquitectura alegórica para acudir a los versos breves y profundos, donde el escritor presenta toda su vida y toda su esperanza; rememórense los romancillos intercalados

en sus novelas, en su teatro, para entender todo su amor y toda su melancolía; recuérdense sus versos religiosos, tan excepcionales como profundos, que se encuentran en su pieza dramática. A mí me gusta copiar este, poco conocido, que se lee en la jornada I de *La gran sultana*:

*A Tí me vuelvo, gran Señor, que alzaste
a costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán, triste caída,
y adonde él nos perdió tú nos cobraste.*

*A Tí, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida
y hallándola del lobo perseguida,
sobre tus hombros santos te la echaste.*

*A Tí me vuelvo en mi aflicción amarga
y a Tí toca, Señor, el darme ayuda,
pues soy cordera de tu aprisco ausente,*

*y temo que a carrera corta o larga
cuando a mi daño tu favor no acuda
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.*

En la lírica de Cervantes está una de las claves más seguras para el conocimiento del escritor que rememoramos en estos días.





EL AMOR Y LA MUJER EN CERVANTES

(INDICACIONES)

POR P. FÉLIX GARCÍA
Agustino.

I

Aunque no tuvieran los centenarios y conmemoraciones de los grandes hombres otras derivaciones prácticas e inmediatas que la de recordar su vida como fuente de ejemplaridad o lección de experiencia, y hacernos volver a sumirnos en la lectura de sus obras, que han dejado una huella profunda en el pensamiento y en la historia, ya sería un motivo sobrado de satisfacción y de reconocimiento. Y se podrían perdonar con largueza las vacuidades, las improvisaciones e incongruencias que se vierten sin tasa en esas fechas recordatorias, tan expuestas al artificio y a la vanilocuencia.

El centenario de Cervantes tiene la virtud de traer al primer plano de nuestra atención el recuerdo del manco glorioso y el mágico señuelo de un libro —el *Quijote*— que todos aplauden, admiran y glosan pero que son relativamente pocos los que de ese libro, siempre abierto al comentario, a la sugerencia, a la alusión fecunda, pueden hablar con aproximación y acierto.

La obra de Cervantes está cargada, sin duda, de la experiencia múltiple y costosa del autor. El supo de la gloria y de la desventura, del amor y del desengaño, de la quemadura de los celos y del lenitivo de la vida ascética; supo de la ingratitud y de la amistad, del extravío pasajero y de la seguridad de la fe y del sentido cristiano de la vida.

Cervantes, que pasó por tantas vicisitudes, no fue ajeno a la experiencia amorosa. El sentido platónico del amor tiene en sus libros no escasas manifestaciones; como las tiene asimismo el concepto del amor realista a lo humano, con sus constantes

mutaciones y desniveles, con sus dichas y pesares. A veces habla Cervantes del amor como quien respira por la herida, y, a veces, como quien lo ha entrevisto idealizado, sin apenas lograr el sueño apeteído.

II

¿Cómo piensa Cervantes del amor? El cree, haciendo quizá no pocas concesiones a la literatura tópica, que «el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos», y que «al corazón le acierta y traspasa de parte a parte con sus flechas».

El amor es para él, como para cuantos hasta él lo han estudiado, fenómeno arrollador y omnipotente; nada puede enfrenarle cuando rompe y se desborda como una catarata, porque entonces «ni mira respetos, ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete a los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de un alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza».

Y como si aún se hubiera quedado corto, insiste con nuevas metáforas y semejanzas en tratar de declarar lo que es el amor, y la fuerza de su tiranía y vasallaje, pues «el amor es fuego y mi voluntad es cera», dice en *Los tratos de Argel*, y, en fin de cuentas, «el amor y la guerra son una misma cosa», puesto que en ellos se emplean toda suerte de ardis y estrategias, para domeñar al enemigo y a la persona amada.

Cervantes, en su caracterización del amor, no rebasa los términos de la temática amorosa hasta entonces admitida, y queda en discreteos e ingeniosidades lo que después de él habrá de convertirse en motivo persistente de análisis y profundización psicológica, tanto en los grandes dramaturgos como en los tratadistas ascéticos y místicos. «No soy de de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes», dice un personaje del *Quijote*, porque es incuestionable que amor y vicio se contraponen y repelen. Pero la realidad demuestra que, de hecho, pocas veces el amor-instinto se detiene en ese mundo idealizado de la pura contemplación platónica, porque los ímpetus amorosos son como río revuelto, que arrastra no pocas impurezas y «corren a rienda suelta hasta que encuentran con la razón o con el desengaño», como se dice en *La Gitanilla*.

Y como quien habla dolido de la propia experiencia, nos advierte «que el mayor contrario que el amor tiene es el hambre», que es, sin duda, por lo que el amor ilusionado está ausente de la novela picaresca.

Pero es preciso precaverse para que el amor, que busca su descanso honesto y natural en la persona amada, no se convierta en pasión amorosa, porque ésta es ciega y tenaz, y «no se la vence —nos dice con precaución de asceta— más que con huirla, y nadie se ha de poner a brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas».

III

Cervantes canta las excelencias y dignidad del amor, pues

«Es el amor, cuando es bueno
deseo de lo mejor;
si esto falta, no es amor
sino apetito sin freno.»

Y, cuando es bueno, es enemigo mortal de la mudanza, y no proviene de su culpa el que, a veces, se malee y desfigure, ya que esto no le nace de suyo, «sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece con algún caudaloso río, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, a poco espacio que de limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan».

El amor, por otra parte, no es soberbio ni engreído —como le achacan los detractores resentidos del amor—, «sino humilde y agradable y manso, y tanto que suele perder de su derecho por no dar a quien bien quiere pesadumbre». Nos reitera el viejo aforismo de

«Que los yerros por amores
son dignos de perdonar.»

También nos recuerda «que no hay cobarde enamorado pecho», y que «donde hay mucho amor no suele haber desenvoltura», porque «en los pechos enamorados la discreción se adelanta a los años».

Como todos los escritores del Siglo de Oro, es Cervantes prolijo en puntualizar los estragos y siniestros del amor, «que tiene su gloria a las puer-

tas del infierno». En los años mozos suele el amor naufragar; las dádivas y presentes le corrompen, y el mal deleite es escollo difícil de rehuir. Por lo general anda el amor apareado con el amor y la esperanza, y pocas veces vive en seguridad y reposo. Y, no obstante lo que una apreciación vulgar puede creer, no hay que olvidar que el amor no da baratos sus gustos».

IV

No podía faltar en Cervantes el tema clásico de los celos y desdenes de amor. «No habiendo —dice— para la enfermedad de los celos, otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio.» Y en todo caso «mejor es al amante celoso el morir desesperado que vivir con celos»; porque si se buscan el desquite hay que temer mucho, pues «siempre son desatinadas las venganzas de los celos».

En cuanto a los desdenes de amor, que son acicate y herida, desconcierto y estímulo, han de saber que «después que el amor ha tomado larga y entera posesión del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas para que con más ligereza corra a poner en efecto sus pensamientos».

Sería tarea larga traer la serie de lugares en que Cervantes analiza todos los procesos de la pasión amorosa, con su séquito de pasiones adyacentes.

V

La mujer, vista e interpretada por Cervantes, es tema harto amplio, que requeriría más espacio para ser tratado con la holgura necesaria. Concha Espina, admirable siempre en sus análisis de almas, nos ha dado en *Mujeres del Quijote* una galería maravillosa y una interpretación no superada de las mujeres que intervienen en el libro más acabado de nuestra literatura.

Cervantes fué un creador acabado de tipos femeninos. Tanto en las *Novelas Ejemplares*, como en el *Quijote*, las *Comedias* y *Entremeses*, encontramos ejemplares inolvidables de caracteres femeninos, desde la alcahueta y rústica hasta la dama egregia y la mujer idealizada. Los análisis sagaces de las distintas psicologías femeninas se suceden y nos sorprenden en pasajes y retratos que encontramos a lo largo de sus obras. El conoce como experto observador sus virtudes y sus vicios, sus delicadezas y artimañas. Y si es cierto que nos ofrece pinturas, que son verdaderos aguafuertes, de mujeres nada recomendables, también lo es que propende siempre a rodear a la mujer de dignidad y respeto.

«La mujer ha de ser buena,
y parecerlo además»,

dice en *La Comedia Entretenida*. «Naturalmente, tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal más que el varón.» Y es también indudable que es más vivo en las mujeres que en los hombres el deseo de grandezas, brillos y comodidades. Confiesa asimismo que «es propia y natural condición de mujeres principales enternecerse de los sentimientos y trabajos ajenos». Y, adelantándose a

Lope de Vega habla ya de lo que puede una mujer que llora:

«Y yo soy de parecer,
y la experiencia enseña,
que ablandarán a una peña
lágrimas de una mujer.»

También alude en varios pasajes a las contradicciones y singularidades del carácter de la mujer.

«Siempre escogen las mujeres -
aquello que vale menos,
porque excede su mal gusto
a cualquier merecimiento.»

Y en *El laberinto de amor*, ampliando un pensamiento de la *La casa de los celos*, que dice que «será milagro hallar razón en mujeres», formula así su sentido de contradicción:

«Quieren do han de aborrecer,
vanse de donde han de estar,
temen donde han de esperar,
esperan do han de temer.»

Sobre la fragilidad de la mujer nos dicen lo suficiente los versos del *Quijote*:

«Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse.»

* * *

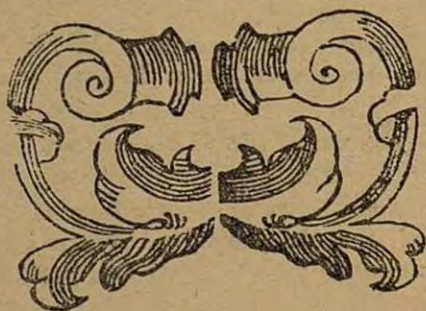
Pongamos fin aquí a estas notas, que darían materia amplia para más prolijas divagaciones.





ANTONIO
TOVAR

CERVANTES, HEROE JOVEN



GRAN verdad es que la vida rinde a los hombres, y si los deja madurar y hacerse y dar su fruto, también les quita generosidad, heroísmo, capacidad de sacrificio y esfuerzo. El desengaño es inevitable y no hay madurez sin él.

En la vida de Miguel de Cervantes el vencimiento, la amargura y el desengaño son fuerzas decisivas. Sin ellas no existiría el *Quijote* ni tantas humanísimas, serenas y depuradas páginas, donde el arte no es primor formal ni receta literaria, sino flor de la vida misma, sonrisa desde el fondo de la desesperación y el desengaño.

Pero cuando maliciosamente se insiste en este amargo poso de la biografía de Cervantes y se habla hasta de encanallamiento y resignación, se olvida que ese amargo fondo se depura precisamente porque Cervantes era un natural entusiasta y férvido, un verdadero ingenuo y un hombre de fe. La amargura y la esperanza le acompañan durante toda su vida. Desde el cautiverio escribe a Mateo Vázquez, el secretario del rey Prudente.

«Diez años ha que tiendo y mudo el paso en servicio del gran Filipo nuestro, ya con descanso, ya cansado y laso.»

Esta alternativa de esperanza y de fatiga

le dura sin duda toda su vida. En la juventud era la primera la que dominaba, mientras que en la vejez se entregaba más a la lasitud.

Es un documento de heroísmo y generosa juventud lo que queremos recordar aquí, esa epístola a Mateo Vázquez de la que llevamos citado un terceto. La fatiga y lasitud de la vejez sólo quedan tenidas de generosidad y humanidad cuando de joven se ha tenido calor y temperamento de héroe. En el Cervantes joven que desde Argel escribe una epístola al secretario del rey está el quijotismo que hará posible la creación de Don Quijote, y, además de la creación, la comprensión cordial para el héroe.

Miguel de Cervantes, hecho prisionero y conducido por los piratas a Argel,

«Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pude al llanto detener el freno.»

A la vista de la bahía y los montes de Argel, el soldado mutilado y prisionero tiene un recuerdo para la fracasada empresa del César:

«Ofrecióse a mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlos tuvo
levantada en el aire su bandera.
Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
pues movido de envidia de su gloria,
airado entonces más que nunca estuvo.»

Desde la vida monótona del cautiverio, el soldado sueña con ser rescatado. La libertad y el suelo de la patria le parecen asequibles si tiene la fortuna de que el secretario del rey aprecie su epístola en verso:

«Cuando me vea en más alegre estado,
si vuestra intercesión, señor, me ayuda...»

Y el joven héroe de Lepanto, que había visto allá:

«La muerte airada, con su furia insana,
aquí y allá con priesa discurriendo...»

se imagina ya delante de Felipe II, y con

«... lengua balbuciente y casi muda...»

en la real presencia, exponer su plan: que Su Majestad continuase la obra que su padre no logró y conquistase Argel.

«La gente es mucha, mas su fuerza es poca...»

le dirá. Son sólo los carceleros

«Del amarga prisión, triste y oscura,
adonde mueren veinte mil cristianos.»

Que el rey aproveche la paz y concordia de que goza para acudir a la empresa de Argel.

Cervantes está seguro de que el real ánimo se mostrará benigno y accederá.

Cuando, por fin, tres o cuatro años más tarde, Cervantes rescatado pisa el suelo de España, las amargas experiencias del destierro le han envejecido lo suficiente para no andar proponiendo en la Corte la quijotesca empresa. Ya están lejos los tiempos de Carlos V y aun los de Lepanto. A poco de escribir Cervantes su carta al ministro, otra empresa quijotesca, la del pobre rey don Sebastián de Portugal, había dado al traste con el reino entero. Comenzaba el tiempo en que había que mostrarse prudente y medir las fuerzas antes de lanzarse. Era inútil presentarse a Felipe II a proponerle la conquista de Argel. Donde Carlos V había fracasado, era inútil intentar ahora mejor suerte. Lo que la caballería al modo antiguo no había logrado, era más difícil aún con medios modernos. El dinero faltaba, y bien lo sabía Cervantes por las amarguras que a él, a su familia y a los frailes trinitarios les había costado juntar los 500 escudos de oro de su rescate. En los nidos de antaño empezaba ya hogaño a no haber pájaros.

La gran lección de la vida estaba ya aprendida. Había que seguir viviendo, pero de vuelta de las grandes ilusiones. No siempre la virtud por sí sola

«... a la silla más alta se avecina...»

sino que muchas veces el camino del poder está cerrado para aquel a quien la fortuna no ayuda. La amarga experiencia de diez años de vida militar y de cautiverio, la mano perdida, la pobreza y la desilusión, le habían enseñado por fin que no siempre

«... quien va sin la virtud, va por rodeo,
y el que la lleva, va por el atajo...»

sino que más bien suele suceder lo contrario.

Pero del antiguo heroísmo, del contento tan soberano de haber tenido su parte en la victoria, le quedaba a Miguel de Cervantes la generosidad y esa depuración del arte más elevado que son sus obras. Si, como él dice,

«... mis cortos implacables hados
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabase la vida y los cuidados...»

era porque le tenían reservado para sacar todo el fruto del juvenil y lejano heroísmo. En medio de las envidias y las mezquindades de la vida de entonces, por encima de los odios y rivalidades literarias, Miguel de Cervantes sabía sonreír, mutilado y maltrecho por la vida, pero con la sonrisa suprema del héroe.



VIDA DE CERVANTES

1547. En Alcalá de Henares nace Miguel de Cervantes Saavedra, hijo de Rodrigo y Leonor de Cortinas. La familia de su padre era noble, pero cuando nace Miguel había caído de su antigua prosperidad y disponía de escasos recursos, por lo cual seguramente no le fué permitido a Miguel recibir una educación en consonancia con su linaje, aunque algunos eruditos han llegado a probar que estudió algún tiempo en las Universidades de Alcalá y Sevilla. Pero sea como fuese, Cervantes no se distinguió por lo vasto y sólido de su cultura intelectual, sino que la profunda e inagotable sabiduría de vivir que derramó en sus libros la aprendió sobre todo en las andanzas por los caminos del mundo y en la lectura de los escritores más famosos de su tiempo, sobre todo españoles e italianos.

Su vocación de escritor debió despertarse en él desde muy temprano, pues en 1568, con motivo de celebrarse en Madrid las solemnes exequias de la reina Isabel de Valois, escribió Miguel de Cervantes unas composiciones poéticas que son las primeras que de él se conocen.

Por aquel tiempo llegó a Madrid el cardenal Julio Acquaviva, legado especial del Papa Pío V, quien se supone que, prendado de las cualidades de Miguel, le admitió a su servicio y se lo llevó a Italia, viaje que había de ser para él de grande

y decisivo provecho, ya que Italia era entonces la gran maestra de Europa, siendo sus ciudades brillantes focos de cultura.

Cervantes viajó mucho por Italia, permaneciendo durante dos años al servicio del cardenal y gozando del trato y amistad con las más eminentes personalidades de las Artes y de las Letras que a la sazón vivían en la Corte de Roma; pero su genio sentíase encadenado por su calidad de camarero de aquel gran señor, y por eso, en 1570, sienta plaza de soldado a las órdenes de Antonio Coloma, ya que el ser soldado español equivalía a ser universalmente respetado y a encumbrarse al rango de una aristocracia que eclipsaba a las de las demás naciones.

Y así, en el año 1571, entra a formar parte de la flota organizada por don Juan de Austria contra los turcos, y pierde el brazo derecho.

Después de cinco años de activa vida militar, deseoso de paz y sosiego, decidióse a dejar la milicia y abrazar resueltamente la carrera de las Letras, y provisto de cartas de recomendación de don Juan de Austria y del virrey de Nápoles, se embarca para España; pero apresada la galera en que viajaba, por corsarios berberiscos, quedó cautivo en Argel hasta que, cinco años después, fué rescatado por 500 ducados de oro.

En Argel escribió algunas poesías y co-





medias, perdidas en su mayoría, que le dieron más honra que provecho, por lo cual se alistó de nuevo en los tercios españoles.

En otoño de 1582 vuelve a España, y entonces cuelga definitivamente la espada, y dos años después contrae matrimonio con Catalina de Salazar, dieciocho años más joven que él.

Por aquella época escribe su primera obra de importancia, *La Galatea*, novela pastoril que dejó sin acabar y que participa de los defectos generales de este género de novelas, que, por publicarse en una época en que el público empezaba a cansarse de esta moda literaria, obtuvo escaso éxito.

Cultivó igualmente la poesía con gran intensidad, pero los versos de este tiempo —en su mayoría dedicados a poetas y escritores contemporáneos—, adolecen de falta de espontaneidad y soltura, y siendo el género dramático el que proporcionaba a los autores emolumentos de mayor importancia, Cervantes sucumbió a la tentación y escribió de veinte a treinta comedias, perdidas la mayor parte, siendo las únicas comedias cervantinas de esta primera época que han llegado hasta nuestros días, *El Trato de Argel*, que tiene valor autobiográfico y muy escaso valor literario, y *La Numancia*, cuyo argumento se base en la heroica resistencia de los numantinos a las legiones romanas, y que ha merecido los más calurosos elogios de numerosos eruditos y de escritores extranjeros como Schiller, los hermanos Schlegel y Goethe.

A pesar de esto, Cervantes fracasó como autor dramático, de la misma manera que había fracasado como novelista en su primer ensayo. Tenía entonces cuarenta años, y tantos fracasos sufridos debieron

influir en su ánimo, porque de pronto parece querer renunciar a la literatura, ya que durante un período de casi veinte años sólo escribió algunas poesías a manera de prólogo para las obras de algunos amigos.

Su vida en esta época es azarosa y llena de dificultades, pues habiendo sido nombrado recaudador de contribuciones, fué encarcelado —por considerarlo responsable de ciertas irregularidades descubiertas en las cuentas— durante tres meses, habiendo períodos en estos veinte años en que su vida se eclipsa casi totalmente.

Y viene ahora la pregunta de cuándo escribió el *Quijote*. Los numerosos estudios de eruditos sobre este punto parecen coincidir en que *Don Quijote* fué imaginado y comenzado a redactar en la estrechez y oscuridad de un calabozo, y que Cervantes, aprovechando un inesperado viaje a la Corte, adonde se le llamaba para que diese nuevas explicaciones sobre el enojoso asunto de las cuentas, se procuró editor para su obra, levantándose, con su publicación, desde el nivel de la turbamulta de los literatos hasta el más formidable éxito popular.

Pero el éxito alcanzado por Cervantes con la primera parte de su *Don Quijote* fué seguido de un silencio de ocho años, en que sus calamidades no fueron pocas, pues se vió envuelto en un nuevo proceso, en virtud del cual fué encarcelado junto con otros individuos de su familia. Reconocida su inocencia, fué absuelto y puesto en libertad, y poco después encontró un generoso protector en el conde de Lemos, con el que no partió a Nápoles cuando éste fué nombrado virrey, debido a que Cervantes contaba ya sesenta años.





Parece que hacia 1609 puso un nuevo término a su inactividad, empezando a escribir sus *Novelas ejemplares*, que completó y terminó en 1612, dedicándolas a su generoso Mecenas, el conde de Lemos, alcanzando un éxito semejante al del *Quijote*.

Sin embargo, sus grandes triunfos como autor de obras en prosa no le hicieron perder su afición inveterada a los versos, y así, volvemos a verle dedicado en esta época de su vida a la poesía, siendo su obra poética de mayor vuelo el *Viaje del Parnaso*, e igualmente vuelve de nuevo a cultivar el género dramático, escribiendo sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*.

En aquella época, y mientras Cervantes se hallaba ocupado en la continuación de su *Don Quijote*, cuya segunda parte había sido anunciada por él mismo en el prólogo a sus *Novelas*, aparece una segunda parte del *Quijote* escrita bajo el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, cuando Cervantes estaba redactando el capítulo LIX. Y este hecho fué un acicate para adelantar el acabamiento de su obra y confundir con ella a su mal intencionado rival, aunque Cervantes se contentó con hacer gala del más soberano desprecio en la contestación que en el prólogo de la segunda parte de su obra se dignó dar a los despropósitos del desahogado falsificador.

El éxito de esta segunda parte del *Quijote* fué inmediato y aún superior al alcanzado por la primera, pues la fama de Cervantes era ya universal.

Es éste un período de gran actividad literaria en la vida de Cervantes, en que éste proyecta gran número de obras y termina su libro *Los trabajos de Persiles*

y *Segismunda*, del que pensaba que había de ser «o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto de los de entretenimiento». Su publicación fué posterior a su muerte, y por eso Cervantes no pudo ver que su fama no correspondió en absoluto a las ilusiones que él se había forjado, pues si su corrección y belleza de estilo supera a sus obras anteriores, su asunto es un complicadísimo tejido de las más extraordinarias y misteriosas aventuras, carente de verdadero valor humano. Sin embargo, la dedicatoria del *Persiles* al conde de Lemos, escrita bajo el presentimiento de su muerte, es una de las páginas de más honda y sublime emoción que brotaron de la pluma de Cervantes.

Encontrándose, pues, gravemente enfermo ingresó devotamente en la Orden Tercera de San Francisco, y al cabo de unos días, experimentando algún alivio, probó de salir de casa y trasladóse a Esquivias, confiado en la eficacia de un cambio de aires; pero no fué así, sino que agravado de nuevo, se traslada otra vez a Madrid, donde muere el día 23 de abril del año 1616, el mismo día en que moría en Inglaterra Guillermo Shakespeare.

El cuerpo de Cervantes recibió modestísimos honores. La oscuridad en que vivió su nombre durante la mayor parte de su vida fué causa de que su tumba, sencilla y sin inscripción alguna, se confundiese entre las restantes del convento de religiosos trinitarios donde fué enterrado, ignorándose todavía hoy dónde descansan sus restos, contribuyendo a ello el haber trasladado aquella comunidad su residencia diecisiete años después, recogiendo los restos de los enterrados en el antiguo convento y depositándolos, confundidos unos con otros, en una fosa común.



LA EDUCACION DE LA MUJER EN EL «QUIJOTE»

ENVÍO: A Pilar Primo de Rivera,
fiel encarnación de las virtudes tra-
dicionales de la mujer española, que,
al frente de la Sección Femenina, rea-
liza con ejemplar y silente abnegación
una intensa y extensa labor educativa.



CASO alguno que el título de este trabajo leyere, sonría burlón y diga para sus adentros: «Pero, cómo, ¿también en el *Quijote* se pretende encontrar un tratado de Pedagogía femenina?» Y crea, sin fundamento (como se verá), que tal pretensión no pasa de ser una atrevida y ridícula manía de novedosas exégesis, parecida al del que quiso hacer un trabajo (no sé si una tesis doctoral), con el título *Cervantes, odontólogo*, porque en su obra genial encontró aquella frase: «Más vale un diente que un diamante».

Suspende tu juicio, malicioso lector, y no prejuzgues lo que con sólidas razones juzgar puedes, si tienes la paciencia de leerme.

No te extrañe que pretenda encontrar en el *Quijote*, no digo yo un tratado de Pedagogía femenina, pero sí buen caudal de reflexiones, que, hilvanadas con el hilo sutil de las categorías pedagógicas, constituyan un todo coherente y sistemático de enjundiosa lectura.

No te extrañará si meditas un poco sobre lo que el *Quijote* representa en el tesoro de nuestra Literatura: la expresión más genuina del espíritu de todo un pueblo, que, después de alumbrar un mundo nuevo y deslumbrar al nuevo y al viejo con la gloria sin par de sus hazañas, contempla desde el cenit de su grandeza el camino recorrido, y se enorgullece de los esfuerzos y fatigas que le costara el llevar a los más apartados lugares la luz de la fe y de la civilización, y luchar por

el imperio de la razón y de la justicia, sin importarle molimientos y trancazos de malandrines y follones; la expresión auténtica del más noble modo de entender y vivir la vida, no en el cómodo y egoísta retiro lugareño, sino en la empresa heroica, en la azarosa aventura soñada como servicio a un elevado ideal ético y religioso, a la vez que profundamente social: la defensa del débil y oprimido, el amparo de los perseguidos sin razón, la tutela del honor y de la dignidad, la siembra misionera de la verdad del Evangelio...

Eso representa el *Quijote*, porque eso fué España en su áureo siglo, cuando halló su más cabal expresión el tipo español por excelencia, tal como pocos años ha lo dibujara con vigorosos trazos de su cálido verbo mi llorado maestro García Morente, al definir el tipo español como el CABALLERO CRISTIANO.

Y eso fué Don Quijote: andante CABALLERO de la más ideal CABALLERÍA, al servicio del Bien y de la Justicia, por una Humanidad mejor.

Mas hete aquí, avisado lector, por dónde damos vista al manchego horizonte, testigo de las hazañas de Alonso Quijano el Bueno, y en su primera salida vislumbramos la silueta de una mujer.

«Limpas, pues, sus armas, hecho el morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dió a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma» (parte I, capítulo 1).

Parecen eco estas palabras de aquellas

otras del primero de los Libros Sagrados, cuando dijo el Señor: «No es conveniente que el hombre esté solo; hagámosle una compañera semejante a él».

Y tan esencial era la dama en la misión caballeresca, que bien podía repetir Don Quijote: «Digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas» (I, 13).

Y desde ese momento, la dama, la mujer ideal, ya a ser norte y guía de sus pensamientos, fortaleza de su brazo, inspiración de elevadas empresas, acicate de su pundonor.

Tal es uno de los más importantes papeles que Dios asignó a la mujer en el concierto de la vida. Suave fuerza que empuja al hombre a los más sublimes heroísmos o a las más quiméricas locuras. Hasta el punto de que apenas hallamos empresa humana donde no se vislumbre la figura de una mujer. ¿Qué extraño es esto, si en la obra más sublime que los siglos vieron, en la divina locura de amor que fué la Redención, tampoco faltó la presencia de la mujer, y aun de la que era bendita entre todas las mujeres?

Y lo que no logran tal vez otras razones, lógranlo casi siempre femeninas súplicas, como logró la libertad el vizcaíno a ruegos de unas señoras, cuando «estaba el vizcaíno tan turbado que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento que les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero, a lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: «Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís».

Lleno está el refranero español de expresiones que reflejan el poder y valimiento de la mujer; siendo así, como lo es, transcendencia suma tendrá su educación. Educar a la mujer es educar al hombre, porque ella, sea en su función de hermana, de novia, de esposa o de madre, es la principal educadora del hombre. El hombre es, sin percatarse de ello, como la mujer quiere que sea.

Ella representa la cordura y sensatez, la custodia fiel de las tradiciones familia-

res, la medida y equilibrio en las empresas y negocios del marido y de los hijos, como era cuerda y sensata la sobrina de Don Quijote cuando le decía: «Pero, ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados?» (I, 7).

¡Pero, ah, que a veces tal cordura puede ser el disfraz de la falsa prudencia y malograr venturosas hazañas! ¡Cuántas veces una mujer alicorta de ideales puede abatir el vuelo de quien pudiera remontarse a las nubes!

¿Cómo es, pues, la mujer ideal loada en el *Quijote*?

«La contemplo —decía nuestro caballero hablando de Dulcinea— como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y, finalmente, alta por linaje...» (II, 32).

He aquí todo un programa de fines pedagógicos en la educación de la mujer.

Hermosa sin tacha... Pero, ¿en qué consiste la hermosura?

«Advierte, Sancho —respondió Don Quijote—, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza» (II, 58).

Y sólo la del alma es la verdadera hermosura. «La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso» (I, 14).

Y de todas las virtudes que pueden adornar a la mujer, la que más estima Don Quijote es la honestidad; apenas se encuentra un pasaje laudatorio de una mujer donde no aparezca como relevante condición su honestidad.

Al narrar la aventura de la cabeza encantada en Barcelona, nos dice lo que cada cual fué preguntando, «y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué: «Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?» Y fuéle respondido: «Sé muy honesta» (II, 62).

En efecto; «la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma adornan y hermosean» (I, 14).

Por eso hay que poner sumo cuidado en conservarla.

«La honesta y casta mujer es armiño, y es más que blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y la conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el armiño se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los inoportunos amantes; porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto a empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas. Hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos, y por entre las verjas de hierro, gocen de su fragancia y hermosura» (I, 33).

Sabía Pedagogía de la virtud de la mujer. No es sensato poner a prueba imprudente la virtud; antes al contrario, hay que apartar las ocasiones de perderla, poner siempre delante los buenos ejemplos, moralizar el ambiente, inspirar celoso orgullo de la buena fama.

«Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que dellas se tiene» (I, 33).

«Por esto, hase de educar a la mujer en el recato y en la discreción, cuidando mucho de sus maneras, de sus actitudes, de sus gestos, pues bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez, además, la risa que de leve causa procede» (I, 1), y también, porque «la buena mujer no alcanza la buena fama con ser buena, sino con parecerlo; que mucho más dañan a la honra de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas» (II, 22).

Ariete de la honestidad femenina suele ser la adulación: «no hay cosa que más preso rinda y allane las encastilladas to-

rres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulación» (I, 34).

¡Cuán sabrosas reflexiones pedagógicas inspiran estas palabras! Y, ¡cuán insensata es la conducta que con frecuencia se sigue! Apenas la niña es capaz de darse cuenta de que ha estrenado un vestidito o de que le han puesto zapatos nuevos, los que la rodean agotan los calificativos que siembran en su alma la semilla de la vanidad. ¡Y luego se enfadarán cuando, ya mayorcita, vean que no piensa más que en pintarse, en estrenar vestidos o en lucir joyas!

Nada más lejos que la frivolidad del plan educativo femenino que el *Quijote* representa y que Cervantes sintetiza en la declaración que de sí misma hizo la doncella Dorotea al Cura y a Cardenio, cuando en la sierra la encontraron. Dales noticias de sus padres, humildes en linaje, labradores ricos, cristianos viejos rancieros, y de la vida que en su casa hacía:

«Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez y el sujeto a quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto; y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda. Por mí se recibían y se despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía, pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaría a encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía al mayoral o capataces y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto o a tocar un arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu» (I, 28).

Mayordoma y señora de la casa, administradora solícita de la hacienda, gobierno del hogar, espejo de sus padres... esto

era la doncella. ¿No véis aquí todo un programa de educación? Completadlo con los ejercicios de las labores que siempre fueron gala de la perfecta mujer, y que en nuestros desquiciados tiempos han sido no poco echados en olvido; adornadlo con los honestos entretenimientos de la devota lectura o de la música, en que nuestra doncella se entretenía, y habéis trazado todo un esquema de la Pedagogía femenina.

Lejos de la educación de la mujer la pretensión de competencia con el hombre en la lucha de la vida; que ella tiene bastante con ser su compañera, su estímulo, su ayuda, la educadora de los hijos, la administradora y rectora del hogar.

«La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa», le decía con ruda expresión, pero con no poco sentido Teresa a Sancho Panza, su marido (II, 5). Y es que no hay hogar donde falta la mujer, y donde no hay hogar, no hay vida de familia, y donde no hay familia, no hay fundamento firme y estable de la sociedad. Por eso, la regeneración social tiene como premisa ineludible la adecuada educación de la mujer.

En el cuadro anterior no hay lugar para el ocio, compañero inseparable de la disolución y del vicio, o de enfermizos enamoramientos, como lo fué el de Altisidora, «doncella más antojadiza que discreta», en opinión de Sancho, y que hizo a Don Quijote decir a la Duquesa:

«Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ocio-

sidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua» (II, 70).

Y Sancho confirmaba las palabras de su amo, diciendo «que las doncellas ocupadas... más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores».

Buena lección de Pedagogía, que al punto entendió la Duquesa, replicando:

«Vos decís muy bien, Sancho, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí en adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo.»

Sí; honestidad por fin, laboriosidad por medio; he aquí un sencillo pero magnífico programa de educación de la mujer; lo demás, como reza la frase evangélica, se os dará por añadidura.

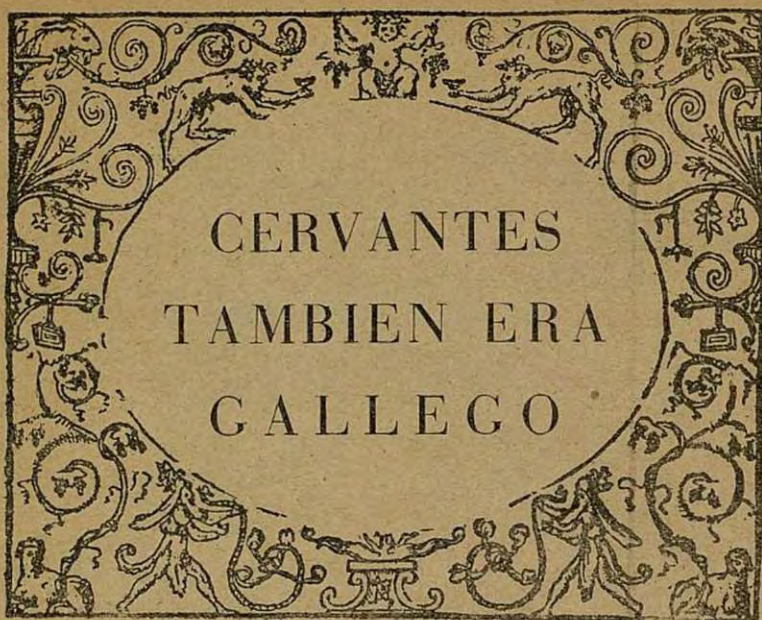
Este plan de Pedagogía femenina que, cual selecto florilegio, he ido recortando en el frondoso vergel del Ingenioso Hidalgo, conserva la fragancia de los áureos tiempos de la grandeza de España.

¡Loado sea Dios, que ha permitido que al revivir hoy en nuestro recuerdo, con ocasión del IV Centenario del natalicio de Cervantes, nuestra gloria pretérita, podamos contemplar en marcha, bajo la égida de nuestro providencial Caudillo, la restauración de nuestros valores educativos tradicionales, condición y preludio de nuestra gloria futura!

ANSELMO ROMERO MARIN

Profesor adjunto
de la Universidad de Madrid.





POR ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

Con motivo del IV Centenario de Cervantes, me honra la Revista *CONSIGNA* solicitándome unas líneas de conmemoración.

Y esa conmemoración me parece oportunísima celebrarla uniendo el nombre del Caudillo al de Cervantes, por un hecho tan sorprendente que ha merecido por mi parte nada menos que todo un libro, de próxima aparición —y que me permito recomendaros—, *Amor a Galicia (Progenitora de Cervantes)*, Editora Nacional. Y del cual os quiero resumir lo siguiente:

En España sólo se dan hechos y figuras universales cuando la cultura del Occidente se funde a la del Oriente sobre la Meseta Central, sobre la Unificación matritense.

Así sucedió en la prehistoria con la civilización llamada «la Matritense» (unión de civilizaciones occidentales con elementos provenientes del Sur). Y sucedió en la Edad del Bronce. Y en la del Hierro. Y se produjo el fenómeno unificativo del «celtiberismo» en los umbrales históricos de la cultura romana en España.

En el Medievo —hablando ya de Galicia— dió esta región tres hechos grandiosos: en lo religioso, Compostela; en lo estatal, la figura de Gelmírez, y en lo espiritual, el lirismo y la novela idealista.

Al llegar el Renacimiento, esa universalidad encontró su expresión en el genio de Cervantes, prodigiosa ecuación de sangre occidental gallega con ramas andaluzas, sobre el área meseteña de Madrid.

El apellido Cervantes procedía de Lugo, así como el de Saavedra y otros dos complementarios de Miguel: Sotomayor y Figueroa. Esa sangre gallega y de estirpe originariamente regia de Cervantes se unió desde el siglo xv a ramas andaluzas (Cabrera, Gahete) y aun semitas. La abuela paterna de Miguel se llamaba Torreblanca, apellido de judío converso cordobés. Ese cruce de Norte+Sur se hizo en el alma de Miguel no sólo por nacer en la zona madrileña de Alcalá, sino porque la madre, doña Leonor de Cortinas, era ya de estos parajes centrales (Barajas, Arganda).

De ahí esa sublime y universal comprensión de Miguel de Cervantes por todo lo humano. Tanto lo idealista como lo realista. Tanto por el secreto del Occidente ario como del Oriente. Aparte de reflejarse tal comprensión a lo largo de toda la obra cervantina, donde encontró su módulo perfecto fué en Don Quijote y Sancho Panza, pues nunca se debe hablar solamente de Don Quijote, sino también de su complemento esencial, el gran Sancho. Don Quijote era el heredero de todos los héroes arios caballerescos e idealistas del Medievo, llegados a España por vía occidental lusogalaica. Mientras Sancho significó el continuador de todos los tipos realistas, refraneros, apotégnicos y populares llegados a España por la literatura oriental y gnómica de la Andalucía y de la Castilla mozárabes (Sancho es un tipo de «Calila y Dimna»). Cervantes —gracias a la doble progeñe— supo conciliar esas antítesis raciales y culturales por el hecho de considerarlas desde su alta región natal —serena, clarísima—, la madrileña.

Ahora bien: lo mismo que en su literatura, predominó en la figura física de Miguel el rasgo occidental, lírico, idealista, gallego, «claro y rubio».

Físicamente, Miguel sólo tuvo de andaluz y semita la nariz corvina y la carga-zón de espaldas. Espiritualmente: su tendencia a la ironía amarga y desesperanzada. Su humor burlesco, en cierto modo, era también gallego.

Pues bien: el caso de Franco ha sido algo semejante al cervantino, guardando las distancias de cada orbe respectivo.

En el galaicismo de Francisco Franco Bahamonde (Bahamonde es de Lugo) hay también vetas morenas, quizá semitas. Y ambas sangres se han unificado al asumir el hecho español desde Castilla —desde Madrid— como Caudillo.

Lo cierto es que este año de 1948 se habla en todo el mundo de estos dos gallegos originarios: de Cervantes, por su IV Centenario. De Franco, por su catolicismo (anticomunista y anticapitalista).





UN ASPECTO DE LA BIBLIOFILIA EN EL «QUIJOTE»

POR JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

Pretender en breve espacio desarrollar el tema de la bibliofilia en torno a las ediciones del *Quijote*, sería incurrir deliberadamente en lamentabilísimas omisiones: tal ha sido el número de aquéllas que merecen la consideración de ediciones de bibliófilo, en especial inglesas y francesas—ya que, desgraciadamente, no fueron las mejores ni las más numerosas las españolas—; ello aparte lo difícil que sería fijar un límite mínimo, alcanzado el cual merezcan el especial honor de ser consideradas como tales, porque un libro puede ser ejemplo de bibliofilia por su composición y tipografía, por sus ilustraciones, limitación de la tirada y, en definitiva, por la belleza de su conjunto.

Pero la bibliografía cervantina, joven todavía si tenemos en cuenta que el primer ensayo de verdadera importancia hubo de realizarlo Rius a últimos del pasado siglo, resulta hoy hartó incompleta, a pesar de los interesantísimos estudios o bibliografías, de verdadera importancia también, que realizaron posteriormente Suñé Benages, y Ford y Lansing, principalmente, y los catálogos de colecciones públicas y privadas, entre los cuales podríamos destacar muy especialmente los de Río y Rico, de la Nacional de Madrid, de Givanel y Mas, de la que fué colección Bonsoms (hoy propiedad de la Diputación de Barcelona), la colección de la Hispanic Society y la del British Museum, quie-

nes, al describir sus propios ejemplares, facilitaron el conocimiento de buen número de ediciones, cuya existencia ignoraron o de la cual no dieron cuenta.

Verdaderamente, por inmensa que haya sido la labor efectuada por tan beneméritos cervantistas en su empeño de aspirar a describir la totalidad de las ediciones existentes —cifra hoy todavía desconocida—, debían tropezar forzosamente con esa enorme laguna de casi tres siglos de inexistencia de la bibliografía cervantina, y sólo con gran esfuerzo, y con perfecta cohesión entre los bibliógrafos actuales y las Bibliotecas especializadas, públicas o privadas, en las últimas de las cuales figuran, sin duda, buen número de ediciones hasta hoy «oficialmente» ignoradas, será entonces posible obtener, no ya una bibliografía perfecta —que ello no será ya

jamás posible—, pero sí datos bastante aproximados de lo hasta hoy existente, lección ésta que no debiéramos olvidar con vistas al futuro y que hubiera podido ser, con algún tiempo, una de las más preciadas contribuciones al IV Centenario de Cervantes.

No pretenderé, pues, describir aquí la bibliofilia en el *Quijote*, que comenzó tal vez en la edición de Londres en 1738, impresa por J. y R. Tonson, y en la española de la Academia de 1780; pero sí citaré, a continuación de éstas, ediciones inglesas y francesas que no recuerdo haber visto citadas en bibliografías cervantinas, unas por ser de aparición posterior, y otras, sin duda, por ignoradas, y que merecen el honor de registrarse, siquiera para constancia pública de su existencia. Son las siguientes:

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

ABOGADO
BARCELONA (10)

1

The History of the Ingenious Gentleman, Don Quixote of la Mancha, translated... by Motteux... Boston, Little, Brown and Comp., 1854. 4 vols. en 12.º Edición anotada, con un ensayo sobre la vida y las obras de Cervantes, por John G. Lockhart. Buena edición, impresa por H. O. Houghton and Comp. Riverside, Cambridge.

The Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha... A translation... by John Ormsby... New York, Dodd, Mead, and Comp., 1887. 4 vols. en 8.º Magnífica y lujosa edición, muy bien impresa, en buen papel y con amplios márgenes, por «The De Vinne Press»; en tirada única de 50 ejemplares. «Ford» en su «Bibliografía crítica» no describe esta edición, la cita solamente como probablemente existente.

The Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha... A translation... by John Ormsby. New York, The Harward Publishing Company, 1893. 4 tomos en 8 vols. en 8.º Edición ilustrada con aguafuertes de Cruikshank y Lalauze. Magnífica edición, especialmente impresa por «University Press», cuya tirada fué limitada a 320 ejemplares.

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

ABOGADO
BARCELONA (10)

2

The Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha... A translation... by John Ormsby... New York, Dodd, Mead and Comp., 1899. 4 vols. en 12.º Buena edición con ilustraciones de Cruikshank, reproducidas en fotograbado; el vol. IV contiene tres interesantes apéndices con proverbios del «Quijote», libros españoles de Caballerías y bibliografía de Don Quijote. Bella edición, en excelente papel con filigrana, impreso por «University Press».

The Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha... Translation... by John Ormsby. Illustrations by Cruikshank and Lalauze. Madrid London New York, Vademecum Publishing Comp., MCMII. 4 tomos en 8 vols. en 8.º Portada orlada, a dos tintas; láminas iluminadas a mano. Bellísima edición, impresa por «University Press» en tirada de 10 ejemplares.

The History of the Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha. Translated... by P. A. Motteux. Edinburg, John Grant, 1902. 4 tomos en 8 vols. en 8.º Bellísima edición de lujo, con portada a dos tintas, e ilustraciones de Lalauze, repetidas tres veces en distintos colores y papeles, en tirada única de 130 ejemplares.

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

ABOGADO
BARCELONA (10)

3

The Ingenious Gentleman Don Quixote of La Mancha... Philadelphia, George Barrie, s. a. 4 vols. en 8.º Bellísima edición ilustrada con grabados al aguafuerte de Adolfo Lalauze. Portada a dos tintas; edición única de 1.000 ejemplares en papel «Japón», no venales, para los suscriptores de «The Bibliophilist's Library».

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

ABOGADO
BARCELONA (10)

4

Don Quichotte, Liège, Les Editions du Balancier, MCMXXIX-MCMXXXI.

4 vols. en folio. Portada a dos tintas. Edición traducida por Xavier de Cardaillac y Juan Labarthe, con ilustraciones al boj originales de Hermaun Paul. Magnífica edición de lujo, de la cual se hicieron cuatro tiradas: una de 10 ejemplares en papel «Japón», otra de 30 ejemplares en papel Holanda, «à la forme»; 300 ejemplares en papel Holanda, «De Haesbeeh, 1719», y 35 ejemplares no venales, en diferentes papeles.

Don Quichotte de la Manche. Traduit par Francis de Miomandre. Paris, Union Latine d'Éditions, MCMXXXV.

5 vols. en 8.º Portada a dos tintas. Bellísima edición de bibliófilo, con magníficas ilustraciones de Berthold Mahn, enriquecida con facsímiles de numerosos documentos, por el procedimiento de Daniel Jacomet, de la que se hicieron diferentes tiradas: una de 10 ejemplares en papel «Japón» no venales; 20 ejemplares en papel «Japón», numerados del 1 al 20; 50 ejemplares en papel Holanda «Van Gelder», numerados del 21 al 70; 1.080 ejemplares en papel de hilo «Lafuma», numerados del 71 al 1.150, y 5.850 ejemplares en «vélin chiffon», numerados del 1.151 al 7.000.

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

ABOGADO
BARCELONA (10)

5

L'Ingenieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche. Traduction Louis Viardot. Paris, Sous l'Emblème du Secrétaire, MCMXXXVIII.

4 tomos en 4.º Portada a cuatro tintas. Edición magníficamente impresa con ilustraciones de Dribout, a varios colores, por el procedimiento Duval-Beaufumé. De esta edición, anotada al final de cada volumen, se hicieron diferentes tiradas: una de 48 ejemplares en papel «royal Vidalon», numerados del 1 al 48, con una tirada de las láminas fuera de texto, y una acuarela original; 240 ejemplares en papel «Vidalon», numerados del 41 al 288, con una tirada de las láminas fuera de texto, con una acuarela original; 1.800 ejemplares en papel «vélin Bulky», numerados del 289 al 2.088, y 56 ejemplares para los colaboradores, numerados del I al LVI.

L'Ingenieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche... Paris, Aux Horizons de France [1941].

2 vols. en 4.º Edición ilustrada con grabados al metal dibujados por J. del Castillo, Carnicero, Brunete, Coypel, etc.; grabados por M. S. Carmona, Selma, G. A. Gil, S. Ballester, F. Mun-taner, etc. Pertenece a la «Collection Le Livre et L'Estampe». De esta edición se hicieron las siguientes tiradas: 100 ejemplares en papel de Holanda «Van Gelder», numerados H 1 a H 100; 3.000 ejemplares en papel «vergé teinté d'Alfa», numerados del 1 al 3.000, y 65 ejemplares no venales, en el mismo papel.

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

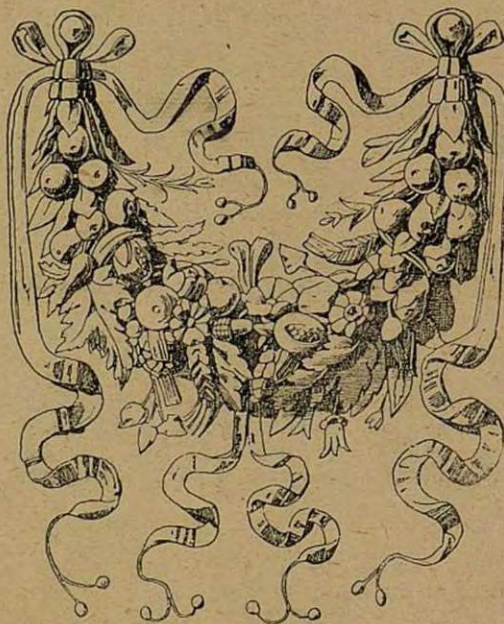
ABOGADO

BARCELONA (10)

6

Don Quichotte. Illustré d'aquarelles originales par Jacques Touchet. Paris, Aux Editions du Rameau d'Or, s. a.

4 vols. en 8.º Excelente edición con bellas acuarelas al principio de cada capítulo, iniciales grabadas, y pies de lámpara al final de cada capítulo. Portada a tres tintas. De esta edición se hizo una tirada de 1.000 ejemplares, de los cuales 100, en papel de hilo «Lafuma», numerados del 1 al 100, y 900 ejemplares en papel «Hermine», numerados del 101 al 1.000.



DE CERVANTES

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO

CONDE DE LEMOS, DE ANDRADE, DE VILLALBA, MARQUES DE SARRIA, GENTILHOMBRE DE LA CAMARA DE SU MAJESTAD, PRESIDENTE DEL CONSEJO SUPREMO DE ITALIA, COMENDADOR DE LA ENCOMIENDA DE LA ZARZA, DE LA ORDEN DE ALCANTARA.

«Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan

«Puesto ya el pie en el estribo»,

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar, diciendo:

«Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuesa excelencia: que podría ser fuese tanto el contento de ver a vuesa excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los Cielos, y, por lo menos, sepa vuesa excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de vuesa excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuesa excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las Semanas del jardín y del famoso Bernardo. Si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el Cielo vida, las veré, y con ellas fin de *La Galatea*, de quien se está aficionando vuesa excelencia; y con estas obras, continuando mi deseo, guarde Dios a vuesa excelencia como puede.

De Madrid, a diez y nueve de abril de mil seiscientos y diez y seis años.

Criado de vuesa excelencia,
Miguel de Cervantes.»

PROLOGO

Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que a mis espaldas venía picando con gran priesa uno que, al parecer, traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle y llegó sobre una borrica un estudiante pardo, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales; verdad es que no traía más de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando a nosotros, dijo:

—Vuestas mercedes van a alcanzar algún oficio o prebenda a la corte, pues allá está su ilustrísima de Toledo y su majestad, ni más ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el vistor del caminante más de una vez?

A lo cual respondió uno de mis compañeros:

—El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo de parsilargo.

Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió a mí, y acudiendo asirme de la mano izquierda, dijo:

—Sí, sí; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas!

Yo, que en tan poco espacio vi el grande encumio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder a ellas; y así, abrazándole por el cuello, donde le eché a perder todo mi punto de valona, le dije:

—Ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino.

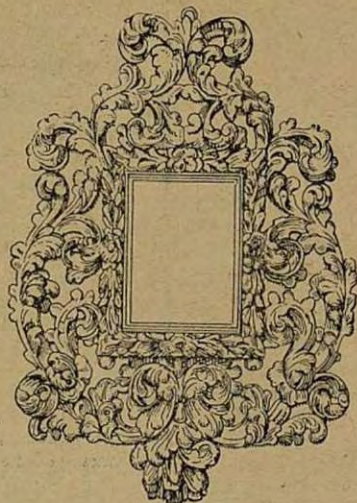
Hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciendo:

—Esa enfermedad es de hidropesía que no la sanará toda el agua de mar Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.

—Eso me han dicho muchos —respondí yo—; pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y, al paso de las efemérides de mis pulsos, que, a más tardar, acabarán su carrera, este domingo acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced a conocerme, pues no

me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado.

En esto llegamos a la puente de Toledo, y yo entré por ella y él se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos ganas de decirla y yo mayor gana de escucharla. Tornéle a abrazar, volvíose a ofrecer, picó su burra, y dejéme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, a quien no había dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires; pero no son todos los tiempos unos. Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que se convenia. A Dios, gracias; a Dios, donaires; a Dios, regocijados amigos: que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!



COMEDIA DEL

«CERCO DE NUMANCIA»

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

(Llevan los cuerpos, y sale una mujer armada con una lanza en la mano y un escudo, que significa la GUERRA, y trae consigo la ENFERMEDAD y el HAMBRE; la ENFERMEDAD arrimada a una muleta y rodeada de paños la cabeza con una máscara amarilla, y la HAMBRE saldrá con un desnudillo de muerte, y encima una ropa de bocacé amarilla, y una máscara descolorida.)

GUERRA.

*Hambre, Enfermedad, ejecutores
de mis terribles mandos y severos,
de vidas y salud consumidores,
con quien no vale ruego, mando o fieros;
pues ya de mi intención sois sabidores,
no hay para qué de nuevo encareceros
de cuánto gusto me será y contento
que luego hagáis mi mandamiento.*

*La fuerza incontastable de los hados,
cuyos efectos nunca salen vanos,
me fuerza a que de mí sean ayudados
estos sagaces milites romanos.*

*Ellos serán un tiempo levantados,
y abatidos también estos hispanos;
pero tiempo vendrán en que yo me mude,
y dañe al alto y al pequeño ayude;
que yo, que soy la poderosa Guerra,
de tantas madres detestadas en vano,
aunque quien me maldice a veces yerra,
pues no sabe el valor de esta mi mano,
sé bien que en todo el orbe de la tierra
seré llevada del valor hispano
en la dulce ocasión que estén reinando
un Carlos, y un Felipe, y un Fernando.*

ENFERMEDAD.

*Si ya la Hambre, nuestra amiga querida,
no hubiera tomado con instancia
a su cargo de ser fiera homicida
de todos cuantos viven en Numancia,
fuera de mí tu voluntad cumplida
de modo que se viera la ganancia
fácil y rica quel romano hubiera,
harto mejor de aquella que se espera.*

*Mas ella, en cuanto su poder alcanza,
ya tien tal al pueblo numantino,
que de esperar alguna buena andanza
le ha tomado las sendas y el camino;*

*mas de el furor la rigurosa lanza,
la influencia del contrario sino,
le trata con tan áspera violencia,
que no es menester hambre ni dolencia.*

*El furor y la rabia, tus secuaces,
han tomado en su pecho, tal asiento,
que, cual si fuese de romanos haces,
cada cual de su sangre está sediento.*

*Muertos, incendios, iras, son sus paces;
en el morir han puesto su contento,
y por quitar el triunfo a los romanos,
ellos mismos se matan con sus manos.*

HAMBRE.

*Volved los ojos, y veréis ardiendo
de la ciudad los encumbrados techos.
Escuchad los suspiros que saliendo
van de mil tristes, lastimados pechos.*

*Oíd la voz y lamentable estruendo
de bellas damas a quien, ya deshechos
los tiernos miembros de ceniza y fuego,
no valen padre, amigo, amor ni fuego.*

*Cual suelen las ovejas descuidadas,
siendo del fiero lobo acometidas,
andar aquí y allí descarriadas,
con temor de perder las simples vidas,
tal niños y mujeres desdichadas,
viendo ya las espadas homicidas,
andan de calle en calle, oh, hado insano!,
su cierta muerte dilatando en vano.*

*Al pecho de la amada y nueva esposa
traspasa del esposo el hierro agudo.*

*Contra la madre, nunca vista cosa!,
se muestra el hijo de piedad desnudo;
y contra el hijo, el padre, con rabiosa
clemencia levantado el brazo crudo,
rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
quedando satisfecho, y lastimado.*

*No hay plaza, no hay rincón, no hay calle o casa
que de sangre y de muertos no esté llena;*

el hierro mata, el duro fuego abrasa
y el rigor ferocísimo condena.

Presto veréis que por el suelo tasa
hasta la más subida y alta almena,
y la casa y templos más preciados
en polvo y en cenizas son tornados.

Venid; veréis que en los amados cuellos
de tiernos hijos y mujer querida,
Teógenes afila agora y prueba en ellos
de su espada el cruel corte homicida,
y cómo ya, después de muertos ellos,
estima en poco la cansada vida,
buscando de morir un modo extraño,
que causó en el suyo más de un daño.

GUERRA.

Vamos, pues, y ninguno se descuide
de ejecutar por eso aquí su fuerza,
y a lo que digo sólo atiende y cuide,
sin que de mi intención un punto tuerza.

(Vanse, y sale TEÓGENES con dos hijos pequeños y una hija y su mujer.)

TEÓGENES.

Cuando el paterno amor no me detiene
de ejecutar la furia de mi intento,
considerad, mis hijos, cuál me tiene
el celo de mi honroso pensamiento.

Terrible es el dolor que se previene
con acabar la vida en fin violento
y más el mío, pues el hado plugo
que yo sea de vosotros cruel verdugo.

No quedaréis, oh, hijos de mi alma!,
esclavos, ni el romano poderío
llevará de vosotros triunfo o palma,
por más que a sujetarnos alce el brío;
el camino más llano que la palma
de nuestra libertad el Cielo pío
nos ofrece y nos muestra y nos advierte
que sólo está en las manos de la muerte.

Ni vos, dulce consorte, amada mía,
os veréis en peligro que romanos
pongan en vuestro pecho y gallardía
los vanos ojos y las fieras manos.

Mi espada os sacará de esta agonía,
y hará que sus intentos salgan vanos,
pues por más que codicia les atiza,
triunfarán de Numancia hecha ceniza.

Yo soy, consorte, amada, el que primero
di el parecer que todos perezamos
antes que al insufrible desafuero
del romano poder sujetos seamos;
y en el morir no pienso ser postrero,
ni lo serán mis hijos.

MUJER.

No podamos
escaparnos, señor, por otra vía?
El Cielo sabe si me holgaría!

Mas pues no puede ser, según yo veo,
y está ya mi muerte tan cercana,
lleva de nuestras vidas tú el trofeo,
y no la espada pérfida romana.

Mas ya que he de morir, morir deseo
en el sagrado templo de Diana.

Allá nos lleva, buen señor, y luego
entrérganos al hierro, al rayo, al fuego.

TEÓGENES.

Así se haga, y no nos detengamos,
que ya a morir me incita el triste hado.

HIJO.

Madre, por qué lloráis? Adónde vamos?
Teneos, que andar no puedo de cansado.
Mejor será, mi madre, que comamos,
que la hambre me tiene fatigado.

MUJER.

Ven a mis brazos, hijo de mi vida,
do te daré la muerte por comida.

(Vanse, y salen dos muchachos huyendo, y el uno de ellos es el que se arrojó de la torre que se llama BARIATO, y el otro SERVIO.)

MUCHACHO.

Dónde quieres que huyamos,
Servio?

SERVIO.

Yo, por do quisieres.

MUCHACHO.

Camina: Qué flaco eres!
Tú ordenas que aquí muramos.
No ves, triste, que nos siguen
dos mil hierros por matarnos?

SERVIO.

Imposible es escaparnos
de aquellos que nos persiguen.
Mas di: qué piensas hacer,
o qué medio hay que nos cuadre?

MUCHACHO.

A una torre de mi padre
me pienso ir a esconder.

SERVIO.

Amigo, bien puedes irte;
que yo estoy tan flaco y laso
de hambre, que un sólo paso
no puedo dar, ni seguirte.

MUCHACHO.

No quieres venir?

SERVIO.

No puedo.

MUCHACHO.

Si no puedes caminar
ahí te habrá de acabar
la hambre, la espada o miedo.
Yo voyme, porque ya temo
lo que el vivir desbarata:

*o que la espada me mata,
o que en el fuego me quemó.*

**(Vase el muchacho a la torre, y queda SERVIO y sale TEÓGENES con dos espadas desnudas y ensangrentadas las manos, y como SERVIO le ve, huye y éntrase, y dice TEÓGENES):*

TEÓGENES.

*Sangre de mis entrañas derramada,
pues sois aquella de los hijos míos;
mano contra ti misma acelerada;
llena de honrosos y crueles bríos;
fortuna, en daño mío conjurada;
celos, de justa piedad vacíos;
ofrecedme en tan dura, amarga suerte,
alguna honrosa, aunque cercana muerte.*

*Valientes numantinos: haced cuenta
que yo soy algún pérfido romano,
y venga en mi pecho vuestra afrenta,
ensangrentando en él espada y mano.*

*Una de estas espadas os presenta
mi airada furia y mi dolor insano;
que, muriendo en batalla, no se siente
tanto el rigor del último accidente.*

*El que privare del vital sosiego
al otro, por señal de beneficio
entregue el desdichado cuerpo al fuego,
que éste será bien piadoso oficio.*

*Venid; qué os detenéis? Acudid luego;
haced ya de mi vida sacrificio,
y esta ternera que tenéis de amigos,
volved, en rabia y furia de enemigos.*

(Sale un numantino, y dice):

NUMANTINO.

*A quién, fuerte Teógenes, agora invocas?
Qué nuevo modo de morir procuras?
Para qué nos incitas y provocas
a tantas desiguales desventuras?*

TEÓGENES.

*Valiente numantino, si no apocas
con el miedo tus brazas fuerzas duras,
toma esta espada y mátese conmigo,
así como si fuese tu enemigo:
que esta manera de morir me place
en este trance más que en otra alguna.*

NUMANTINO.

*También a mí me agrada y satisface,
pues que lo quiere así nuestra fortuna;
mas vamos a la plaza adonde yace
la hoguera a nuestras vidas importuna,
porque el que allí venciere pueda luego
entregar al vencido al duro fuego.*

TEÓGENES.

*Bien dices; y camina, que se tarda
el tiempo de morir como deseo.
Ora me mate el hierro, el fuego me arda,
que gloria y honra en cualquier muerte veo!*

(Vanse y sale ESCIPIÓN, y JUCURTA, y QUINTO FABIO, y MARIO, y ERMILIO, y LIMPIO y otros soldados romanos.)

ESCIPIÓN.

*Si no me engaña el pensamiento mío,
o salen mentirosas las señales
que habéis visto en Numancia del estruendo
y lamentable son y ardientes llamas,
sin duda alguna que recelo y temo
que el bárbaro furor del enemigo
contra su pecho no se vuelva.
Ya no parece gente en la muralla,
ni suenan las usadas centinelas.
Todo está en calma y en silencio puesto,
como si en paz tranquila y sosegada
estuviesen los fieros numantinos.*

MARIO.

*Presto podrás salir de aquesta duda,
porque, si tú lo quieres, yo me ofrezco
de subir sobre el muro, aunque me ponga
al riguroso trance que se ofrece,
sólo por ver aquello que en Numancia
hacen nuestros soberbios enemigos.*

ESCIPIÓN.

*Arrima, pues, oh, Mario!, alguna escala
a la muralla, y haz lo que prometes.*

MARIO.

*Id por la escala luego, y vos, Ermilio,
haced que mi rodela se me traiga
y la celada blanca de las plumas;
que a fe que tengo de perder la vida,
o sacar de esta duda al campo todo.*

ERMILIO.

*Ves aquí la rodela y la celada,
la escala vesla allí: la trajo Limpio.*

MARIO.

*Encomiéndame a Júpiter inmenso,
que voy a cumplir lo prometido.*

ESCIPIÓN.

*Alza más la rodela, Mario.
Encoge el cuerpo y cubre la cabeza.
Animo, que ya llegas a lo alto!
Qué ves?*

MARIO.

Oh, santos dioses! Y qué es esto?

JUCURTA.

De qué te admiras?

MARIO.

*De mirar de sangre
un rojo lago, y de ver mil cuerpos
tendidos por las calles de Numancia,
de mil agudas puntas traspasados.*

ESCIPIÓN.

Qué no hay ninguno vivo?

MARIO.

*Ni por pienso!
A lo menos ninguno se me ofrece
en todo cuanto alcanzo con la vista.*

ESCIPIÓN.

*Salta, pues, dentro, y mira, por tu vida.
Síguele tú también, Jugurta amigo.*

(Salta MARIO en la ciudad.)

Mas sigámosle todos.

JUGURTA.

*No conviene
al oficio que tienes esta impresa.
Sosiega el pecho general, y espera
que Mario vuelva, o yo con la respuesta
de lo que pasa en la ciudad soberbia.
Tened bien esa escala: Oh, cielos justos!
Oh, cuán triste espectáculo y horrendo
se me ofrece a la vista! Oh extraño!
Caliente sangre baña todo el suelo;
cuerpos muertos ocupan plaza y calles.
Dentro quiero saltar y verlo todo.*

(Salta JUGURTA en la ciudad.)

QUINTO.

*Sin duda que los fieros numantinos,
del bárbaro furor suyos incitados,
viéndose sin remedio de salvarse,
antes quisieron entregar las vidas
al filo agudo de sus propios hierros
que no a las vencedoras manos nuestras,
aborrecidas de ellos lo posible.*

ESCIPIÓN.

*Con uno solo que quedase vivo
no se me negaría el triunfo en Roma
de haber domado esta nación soberbia,
enemiga mortal de nuestro nombre,
constante en su opinión, presta, arrojada
al peligro mayor y duro trance;
de quien jamás se alabará romano
que vió la espalda vuelta a numantino,
cuyo valor, cuya destreza en armas
me forzó con razón a usar el medio
de encerrarlos cual fieras indomables
y triunfar de ellos con industria y maña,
pues era con las fuerzas imposible.
Pero ya me parece vuelve Mario.*

(Torna a salir MARIO por la muralla y dice):

MARIO.

*En balde, ilustre general prudente,
han sido nuestras fuerzas ocupadas.
En balde te has mostrado diligente,
pues en humo y en viento son tornadas
las ciertas esperanzas de victoria,
de tu industria con tino aseguradas.*

*El lamentable fin y triste historia
de la ciudad invicta de Numancia
merece ser eterna la memoria,
sacando han de su pérdida ganancia;
quitado te han el triunfo de las manos,
muriendo con magnánima constancia;*

*nuestros disintos han salido vanos,
pues ha podido más su honroso intento
que toda la potencia de romanos.*

*El fatigado pueblo en fin violento
acaba la miseria de su vida
dando triste remate al largo cuento.*

*Numancia está en un lago convertida
de roja sangre, y de mil cuerpos llena,
de quien fué su rigor propio homicida.
De la pesada y sin igual cadena
dura de esclavitud se han escapado
con presta audacia, de temor ajena.*

*En medio de la plaza levantado
está un ardiente fuego temeroso,
de sus cuerpos y haciendas sustentado;
a tiempo llegué a verlo que el furioso
Teógenes, valiente numantino,
de fenecer su vida descoso,
maldiciendo su corto amargo sino,
en medio se arrojaba de la llama,
lleno de temerario desatino,
y al arrojarse dijo: «Clara fama,
ocupa aquí tus lenguas y tus ojos
en esta hazaña, que a contar te llama.*

*Venid, romanos, ya por los despojos
desta ciudad, en polvo y humo vueltos,
y sus flores y frutos en abrojos!»*

*De allí, con pies y pensamientos sueltos,
gran parte de la tierra he rodeado,
por las calles y pasos más revueltos,
y un solo numantino no he hallado
que poderte traer vivo siquiera,
para que fueras dél bien informado
por qué ocasión, de qué suerte o manera
cometieron tan grande desvarío,
apresurando la mortal carrera.*

ESCIPIÓN.

*Estaba por ventura, el pecho mío
de bárbara arrogancia y muertes lleno,
y de piedad justísima vacío?*

*Es de mi condición, por dicha, ajeno
usar benignidad con el rendido,
como conviene al vencedor que es bueno?*

*Mal, por cierto, tenían conocido
el valor en Numancia de mi pecho,
para vencer y perdonar nacido!*

QUINTO.

*Jugurta te hará más satisfecho,
señor, de aquello que saber desear,
que vesle vuelve lleno de despecho.*

(Asómase JUGURTA a la muralla.)

JUGURTA.

*Prudente general, en vano empleas
más aquí tu valor. Vuelve a otra parte
la industria singular de que te arreas.
No hay en Numancia cosa en que ocuparse.
Todos son muertos, y sólo uno creo
que queda vivo para el triunfo darte,
allí en aquella torre, según veo.
Yo vi denantes un muchacho; estaba
turbado en vista y de gentil arreo.*

ESCIPIÓN.

*Si eso fuese verdad, eso bastaba
para triunfar en Roma de Numancia,
que es lo que más agora deseaba.*

*Lleguémonos allá, y haced instancia
cómo el muchacho venga a aquestas manos
vivo, que es lo que agora es de importancia.*

(Dice BARIATO, «Muchacho», desde la torre):

BARIATO.

*Dónde venís, o qué buscáis, romanos?
Si en Numancia queréis entrar por suerte,
haréislo sin contraste, a pasos llanos;
pero mi lengua desde aquí os advierte
que yo las llaves mal guardadas tengo
desta ciudad, de quien triunfó la muerte.*

ESCIPIÓN.

*Por ésas, joven, deseoso vengo;
y más de que tú hagas experiencia
si en este pecho piedad sostengo.*

BARIATO.

*Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
pues no hay con quién usarla; que yo quiero
pasar por el rigor de la sentencia,
que con suceso amargo y lastimero
de mis padres y patria tan querida
causó el último fin terrible y fiero!*

QUINTO.

*Dime: Tienes, por suerte, aborrecida,
ciego de un temerario desvarío,
tu floreciente edad y tierna vida?*

ESCIPIÓN.

*Templa, pequeño joven, templa el brío;
sujeta el valor tuyo que es pequeño,
al mayor de mi honroso poderío;
que desde aquí te doy la fee y empeño
mi palabra que sólo de ti seas
tú mismo el propio y conocido dueño,
y que de ricas joyas y preseas,
vivas lo que vivieres abastado,
como yo podré darte y tú desees,
si a mí te entregas y te das grado.*

BARIATO.

*Todo el furor de cuantos ya son muertos
en este pueblo, en polvo reducido;
todo el huir los pactos y conciertos
ni dar a sujeción jamás oído,
sus iras, sus rencores descubiertos,
está en mi pecho todo junto unido.*

*Yo heredé de Numancia todo el brío;
ved si pensar vencerme es desvarío.*

*Patria querida, pueblo desdichado,
no temas ni imagines que me admire
de lo que debo ser de ti engendrado,
ni que promesa o miedo me retire,
ora me falte el suelo, el cielo, el hado,
ora a vencerme todo el mundo aspire;
que imposible será, que yo no haga
a tu valor la merecida paga.*

*Que si a esconderme aquí me trujo el miedo
de la cercana y espantosa muerte,
ella me sacará con más denuedo,
con el deseo de seguir tu suerte;
de vil temor pasado, como puedo,
será la enmienda agora osada y fuerte,
y el temor de mi edad tierna inocente
pagará con morir osadamente.*

*Yo os aseguro, oh, fuertes ciudadanos!,
que no falte por mí la intención vuestra
de que no triunfen pérfidos romanos,
si ya no fuere de ceniza nuestra.*

*Saldrán conmigo sus intentos vanos,
ora levanten contra mí su diestra,
o me aseguren con promesa cierta
a vida y a regalos ancha puerta.*

*Tened romanos, sosegad el brío,
y no os canséis de asaltar el muro;
con que fuera mayor el poderío
vuestro, de no vencedme estar seguro.
Pero muéstrese ya el intento mío,
y si ha sido el amor perfecto y puro
que yo tuve a mi patria tan querida,
asegúrelo luego esta caída.*

(Arrójase el muchacho de la torre, y dice ESCIPIÓN):

ESCIPIÓN.

*Oh! Nunca vi tan memorable hazaña!
Niño de anciano y valeroso pecho,
que, no sólo a Numancia, más a España
has adquirido gloria en este hecho;
con tal vida y virtud heroica extraña,
queda muerto y perdido mi derecho!*

*Tú con esta caída levantaste
tu fama y mis victorias derribaste.
Que fuera viva y en su ser Numancia,
sólo porque vivieras me holgara;
tú solo me has llevado la ganancia
desta larga contienda, ilustre y rara;
lleva, pues, niño la ganancia
y la gloria que el cielo te prepara,
por haber, derribándote, vencido
al que, subiendo, queda más caído;*



I. G. MAGERIT, S. A.-Ilustración, 12.-Madrid.